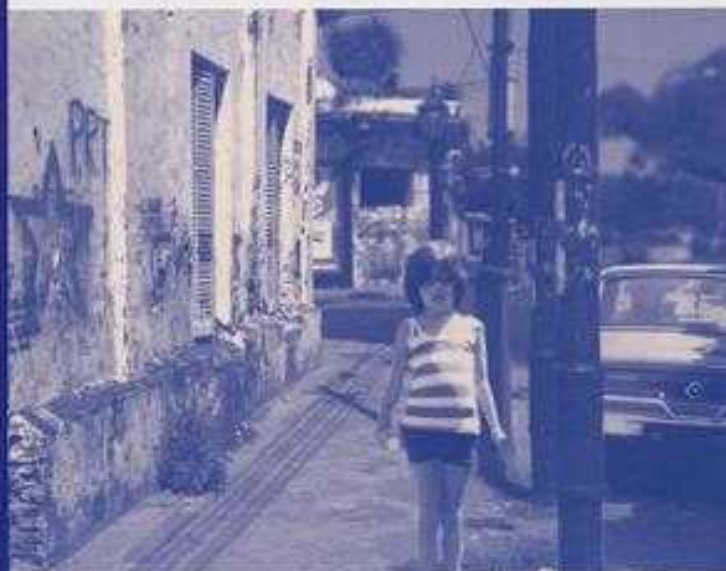

La casa de los conejos

Laura Alcoba



novela  edhasa

Laura Alcoba

LA CASA DE LOS CONEJOS

Traducción: Leopoldo Brizuela



Diseño de cubierta: Pepe Far

Primera edición en Argentina: abril de 2008

Primera reimpresión: mayo de 2008

Segunda reimpresión: junio de 2008

Editions Gallimard. París, 2007

© Laura Alcoba, 2007

© de la traducción: Leopoldo Brizuela, 2007

© de la presente edición: Edhasa, 2008

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1034AAT Capital Federal

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-019-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Cosmos Print S.R.L.

Impreso en Argentina

A Diana E. Teruggi

Un recuerdo, amigo mío
Sólo vivimos antes o después.
Gérard de Nerval

Te preguntará, Diana, por qué dejé pasar tanto tiempo sin contar esta historia. Me había prometido hacerlo un día, y más de una vez terminé diciéndome que aún no era el momento.

Había llegado a creer que lo mejor sería esperar a hacerme vieja, y aun muy vieja. La idea me resulta extraña ahora, pero durante largo tiempo estuve convencida.

Debía esperar a quedarme sola, o casi.

Esperar a que los pocos sobrevivientes ya no fueran de este mundo o esperar más todavía para atreverme a evocar ese breve retazo de infancia argentina sin temor de sus miradas, y de cierta incompreensión que creía inevitable. Temía que me dijeran: “¿Qué ganas removiendo todo aquello?”. Y me abrumaba la sola perspectiva de tener que explicar. La única salida era dejar hacer al tiempo, alcanzar ese sitio de soledad y liberación que, así lo imagino, es la vejez. Eso pensaba yo, exactamente.

Y luego, un día, ya no pude tolerar la idea. De pronto, ya no quise esperar a estar tan sola, ni a ser tan vieja. Como si no me quedara tiempo.

Ese día, estoy convencida, se corresponde con un viaje que hice a la Argentina, en compañía de mi hija, a fines del año 2003. En los mismos lugares, yo investigué, encontré gente. Empecé a recordar con mucha más precisión que antes, cuando sólo contaba con la ayuda del pasado. Y el tiempo terminó por hacer su obra más rápidamente que lo que yo había imaginado jamás: a partir de entonces, narrar se volvió imperioso.

Aquí estoy.

Voy a evocar al fin toda aquella locura argentina, todos aquellos seres arrebatados por la violencia. Me he decidido, porque muy a menudo pienso en los muertos, pero también porque ahora sé que no hay que olvidarse de los vivos. Más aún: estoy convencida de que es imprescindible pensar en ellos. Esforzarse por hacerles, también a ellos,

un lugar. Esto es lo que he tardado tanto en comprender, Diana. Sin duda por eso he demorado tanto.

Pero antes de comenzar esta pequeña historia, quisiera hacerte una última confesión: que si al fin hago este esfuerzo de memoria para hablar de la Argentina de los Montoneros, de la dictadura y del terror, desde la altura de la niña que fui, no es tanto por recordar como por ver si consigo, al cabo, de una vez, olvidar un poco.

La Plata, Argentina, 1975

Todo comenzó cuando mi madre me dijo: “Ahora, ¿ves?, nosotros también tendremos una casa con tejas rojas y un jardín. Como querías”.

Hace ya varios días que vivimos en una nueva casa, lejos del centro, a orillas de los inmensos terrenos baldíos que rodean La Plata - esa franja que ya no es la ciudad ni es, aún, el campo. Frente a la casa hay una antigua vía de ferrocarril desafectada, basuras y desechos abandonados, al parecer, hace ya mucho tiempo. De cuando en cuando, una vaca.

Hasta hace muy poco, vivíamos en un pequeño departamento de una torre de hormigón y vidrio de la Plaza Moreno, justo al lado de la casa de mis abuelos maternos, frente a la Catedral.

Allá, a menudo, yo soñaba en voz alta con la casa en que hubiera querido vivir, una casa con tejas rojas, sí, y un jardín, una hamaca y un perro. Una casa como ésas que se ven en los libros para niños. Una casa como aquéllas, también, que yo me paso el día dibujando, con un enorme sol muy amarillo encima y un macizo de flores junto a la puerta de entrada.

Tengo la impresión de que ella no ha comprendido bien. Referirme a una casa de tejas rojas era, apenas, una manera de hablar. Las tejas podrían haber sido rojas o verdes; lo que yo quería era la vida que se lleva ahí dentro. Padres que vuelven del trabajo a cenar, al caer la tarde. Padres que preparan tortas los domingos siguiendo esas recetas que uno encuentra en gruesos libros de cocina, con láminas relucientes, llenas de fotos. Una madre elegante con uñas largas y esmaltadas y zapatos de taco alto. O botas de cuero marrón, y, colgando del brazo,

una cartera haciendo juego. O en todo caso sin botas, pero con un gran tapado azul de cuello redondo. O gris. En el fondo, no era una cuestión de color, no, ni en el caso de las tejas, las botas o el tapado. Me pregunto cómo hemos podido entendernos tan mal; o si en cambio ella se obliga a creer que mi único sueño, el mío, está hecho de jardín y color rojo.

Por otro lado, era un perro lo que yo más quería. O un gato. Ya no sé.

*

Mi madre se decide finalmente a explicarme, a grandes rasgos, lo que pasa. Hemos tenido que dejar nuestro departamento, dice, porque desde ahora los Montoneros deberán esconderse. Es necesario, ciertas personas se han vuelto muy peligrosas: son los miembros de los comandos de las AAA, la *Alianza Anticomunista Argentina*, que “levantan” a los militantes como mis padres y los matan o los hacen desaparecer. Por eso debemos refugiarnos, escondernos, y también resistir. Mi madre me explica que eso se llama “pasar a la clandestinidad”. “Desde ahora viviremos en la clandestinidad.” Esto, exactamente, es lo que dice.

Yo escucho en silencio. Entiendo todo muy bien, pero no pienso más que en una cuestión: la escuela. Si vivimos escondidos, ¿cómo voy a hacer para ir a clase?

“Para vos, eso será como antes. Con que no digas a nadie dónde vivimos, ni siquiera a la familia, suficiente. Todas las mañanas te vamos a subir al micro. Vas a bajar solita en Plaza Moreno: ya conocés el lugar. El micro para justo en la puerta de los abuelos. Ellos se van a ocupar de vos durante el día. Y ya veremos la manera de pasarte a buscar a la tardecita o a la noche.”

*

Voy sola en un colectivo refulgente, todo festoneado de motivos rojo y plata, pero no por eso menos destartelado y zangoloteante. Las manos gruesas del chofer aferran un manubrio forrado en tela de alfombra de color verde y naranja. A su izquierda, como en casi todos los colectivos, cuelga una foto de Carlitos Gardel, con su eterno pañuelo blanco al cuello y su sombrero ligeramente inclinado sobre los ojos. Más allá, una imagen de la Virgen de Luján, esa diminuta señora apenas visible bajo su manto celeste con arabescos de oro, aplastada por una corona de piedras preciosas, ensartada por los gruesos rayos que emite su propio cuerpo glorioso. Hay también calcomanías para advertir a los pasajeros que el chofer es “hincha” de Gimnasia y Esgrima de la Plata. Y por si no ha quedado claro, un banderín de flecos desteñidos adosado al respaldo de su asiento. En cuanto a la franja autoadhesiva con los colores de la bandera argentina, en la parte superior del parabrisas, ésa sí es idéntica a la que pegan todos los colectiveros de la ciudad, ya sean de Estudiantes o incluso de Boca Juniors, el gran club de fútbol de Buenos Aires.

En el barrio donde vivimos ahora, la calle está como bombardeada de baches hondísimos entre los que el colectivo y los autos tratan de abrirse un camino lo más clemente posible. Por suerte, los barquinazos se hacen más esporádicos a medida que nos acercamos al centro, a la Plaza Moreno.

*

Del altílo secreto que hay en el cielorraso no voy a decir nada, prometido. Ni a los hombres que pueden venir y hacer preguntas, ni siquiera a los abuelos.

Mi padre y mi madre esconden ahí arriba periódicos y armas, pero yo no debo decir nada. La gente no sabe que a nosotros, sólo a nosotros, nos han forzado a entrar en guerra. No lo entenderían. No por el momento, al menos.

Mamá me contó de un niño que había visto el escondite que sus padres camuflaban detrás de un cuadro. Pero los padres se habían olvidado de explicarle hasta qué punto es importante callar. Era un

niño muy pequeño, que apenas sabía hablar. Seguramente, habrían creído que no era necesario, que él no podía decir nada a nadie o que, de todas maneras, no podría comprender sus advertencias.

Cuando los hombres de la policía llegaron a la casa, revolvieron todo, y no encontraron nada. Ni una sola arma, ni el periódico de la organización, ni siquiera un libro prohibido. ¡Y eso que hay muchos, muchísimos libros en su lista...! Nada de lo que veían en aquella casa podía considerarse “subversivo”. Y es que a nadie de aquella “patota” se le había ocurrido, claro, mirar detrás del cuadro.

Cuando ya estaban por salir, casi en el umbral de la puerta de calle, uno de ellos volvió sobre sus pasos. De pronto se había dado cuenta de que durante toda la requisa, el niño aquel, ese bebé que sabía apenas unas pocas palabras, había señalado el cuadro con el dedo, diciendo a media lengua ¡Ahí! ¡Ahí! El hombre descolgó el cuadro. Todos están presos ahora, por culpa del niño que apenas sabía hablar.

Pero mi caso, claro, es totalmente diferente. Yo ya soy grande, tengo siete años pero todo el mundo dice que hablo y razono como una persona mayor. Los hace reír que sepa el nombre de Firmenich, el jefe de los Montoneros, e incluso la letra de la marcha de la Juventud Peronista, de memoria. A mí ya me explicaron todo. Yo he comprendido y voy a obedecer. No voy a decir nada. Ni aunque vengan también a casa y me hagan daño. Ni aunque me retuerzan el brazo o me quemen con la plancha. Ni aunque me claven clavitos en las rodillas. Yo, yo he comprendido hasta qué punto callar es importante.

*

Por fin llego a casa de mis abuelos. Una vez más, me recibe la voz de Julio Sosa. Mi abuelo escucha tangos cada mañana, antes de partir a Buenos Aires, donde tiene su estudio.

Mi abuelo es abogado, pero no se ocupa de política. No, él no quiere líos. Desde siempre ha defendido a contrabandistas, estafadores, ladrones de todo tipo. Siente una profunda ternura por esos “atorrantes” que le suelen profesar, en reciprocidad, una especie de

devoción fraternal. Es verdad que una vez uno de ellos, huésped temporal de su casa, desapareció llevándose con él la bañera. Pero aquí nadie detesta a otro por haber caído en la tentación. Era una bañera hermosa, toda de mármol, una verdadera pieza para coleccionistas. Prueba, sin duda, de que conocía su oficio.

Pero por lo demás, de esos muchachos (más allá del disgusto de haber tenido que conformarse con la ducha y de ver esfumarse unos cuantos objetos de valor, aquí y allá), no hay nada que temer. Él siempre ha pensado que los pequeños tráfugas son “hombres de honor”. Salvando ciertas tribulaciones más bien cómicas, cuyo divertido relato, siempre enriquecido de circunstancias y pormenores nuevos, corona casi todos los almuerzos dominicales (las numerosas hermanas de mi madre se libran, a lo largo de la tarde, a verdaderas justas oratorias: a ver quién describe con mayor gracia el papel disparatado que uno u otro de estos sinvergüenzas han osado interpretar en la casa de su protector, cuando éste tuvo la gentileza de recibirlos); más allá de eso, digo, nadie ha tenido jamás de qué quejarse. Por el contrario: si no se van con una bañera bajo el brazo, están dispuestos a volverse útiles en caso de necesidad -son expertos en el bricolaje de lo cotidiano, virtuosos componedores de la dura existencia-. Pero tampoco ellos tienen nada que ver con la política. No quieren poner el mundo patas arriba. Solamente hacer malabares con las cosas como son. Lo que da miedo a mi abuelo son aquellas personas que quieren cambiar todo.

*

Nos disponemos a salir para la escuela, con mi tío Luis, el hermano menor de mi madre, mi abuela y mi tía Sofía.

Sofía es una enferma mental, pero eso no se dice. Es como una niña. Apenas sabe escribir.

En mi escuela, ayuda en la secretaría. Pasa a recoger las listas de asistencia por las aulas y, durante el recreo, ceba mate a las maestras. Ella cree que trabaja, pero la verdad es que mi abuelo envía todos los meses un sobre a la directora, y la directora se lo entrega a mi tía cuidándose muy bien de revelar el origen familiar. Gracias a esa

pequeña mentira, Sofia se siente útil, necesaria al punto de merecer un pago. Mis abuelos piensan que eso le hace bien, y de todas maneras, no se les ocurre otro modo de mantenerla ocupada durante todo el día.

Pero ahora, por las noches, después de comer, mi abuela me lleva siempre a casa de Carlitos, su hermano.

Y esto es por causa de la señora que teje.

Desde hace algunos meses hay un auto negro, estacionado el día entero frente a la casa de mis abuelos. Adentro, una mujer rubia que teje, vestida de modo bastante austero y con un rodete plantado en lo más alto del cráneo. Tiene un parecido con Isabel Perón, pero es algo más joven y mucho más bonita. A veces, la acompaña un hombre; por lo común, está sola. Nosotros esperamos a que se vaya para salir y llegarnos a casa de Carlitos, por donde mi madre pasará a buscarme.

*

Hoy, en casa del hermano de mi abuela, apenas si tengo tiempo de jugar con el perro. Mis padres han venido a buscarme, los dos juntos esta vez, y mucho más temprano que de costumbre. En seguida salimos hacia nuestra casa de tejas rojas.

En el nuevo barrio hay pocos semáforos. Antes de atravesar una calle, hay que tocar bien fuerte la bocina para prevenir a los autos que puedan salir al cruce.

Desde que subimos al auto, no hablamos ya sino de manera entrecortada, tratando de que los estridentes bocinazos no rompan el hilo de nuestras frases. Se los escucha estallar en todas partes: a derecha, a izquierda; apenas unos metros más adelante o unos metros atrás: un petardeo que asalta por todos los flancos. Como señales podrían parecer confusas, pero es cuestión de costumbre. El que conduce siempre parece saber cuál de tantas advertencias le ha sido destinada.

Esta vez, también, mi padre tocó bocina, pero el auto que venía por la calle transversal siguió sin detenerse. El choque fue muy violento, y mi cabeza la primera en lanzarse contra el parabrisas.

Lo más importante entonces es no detenerse. La policía podría llegar para ver qué pasa. En casa está el altillo secreto. Y mis padres no han recibido aún sus documentos falsos, porque lleva mucho tiempo hacer papeles que la policía pueda tomar por verdaderos. Además, me olvidaba, nuestro Citroen 2CV rojo es un auto robado.

El autito empieza a toser. Ahora se para, pero mi padre logra hacerlo arrancar. Se para, nuevamente. Y nosotros lo abandonamos apenas arrimado a la vereda, y nos perdemos por las calles transversales, sin mirar una sola vez atrás.

2

Todos los días, al salir de clase, voy primero a casa de mis abuelos con Sofía y con Luis, el hermano menor de mi mamá, que asiste a la misma escuela que yo.

Por el camino de vuelta, se supone que Sofía nos cuida, y que eso también es parte de su trabajo. Pero mi tío y yo hacemos realmente lo que nos da la gana. Salimos corriendo a toda velocidad, o simulamos desandar el camino, como si remontáramos el curso del tiempo y fuera de nuevo la hora, no de volver a casa, sino de entrar al aula. Hagamos lo que hagamos, Sofía parece siempre desbordada. Nos divierte obligarla a correr de esa manera. “¡Paren! ¡Espérenme!” Resulta verdaderamente cómica en ese cuerpo con el que no sabe qué hacer, demasiado grande y gordo para ella, tan torpe y tan perdida.

Una vez en casa de mi abuelo, tomamos la leche mientras escuchamos siempre el mismo *cassette* de Julio Sosa. *El varón del tango*, dice la cajita. Yo misma lo he leído.

*

La señora que teje hoy no está en su puesto. ¿Habrá comprendido que nosotros comprendimos? A menos que alguien la haya relevado. Hay tanta gente en la Plaza Moreno, frente a la casa de mi abuela.

Gente que pasea, un hombre que lee el diario en un banco, novios que se han tendido sobre el césped para abrazarse y acariciarse como si tuvieran todo el tiempo del mundo, y, por supuesto, muchos niños.

Lo mismo da: nosotros continuamos alertas. Vamos a casa de Carlitos, mi abuela y yo (aunque hoy quizás sea una de mis tías quien

me lleva), cuando ya casi es de noche. Nos detenemos varias veces por el camino, para ver si alguien nos sigue. No es más que una cuestión de rutina.

Casi siempre, soy yo la que se vuelve a mirar hacia atrás. Resulta más natural que un niño pare, dé media vuelta y desande sus propios pasos; en un adulto, en cambio, este comportamiento podría considerarse sospechoso, signo de una inquietud que nos pondría en peligro de llamar la atención. Por mi parte, aprendí a disimular estos actos de prudencia bajo la apariencia de un juego. Me adelanto encadenando tres saltitos, luego entrechoco las palmas y me doy vuelta de pronto, saltando con los pies juntos. Entre la casa de mi abuela y la de su hermano Carlitos, tengo tiempo de hacerlo unas diez veces, comprobando, así, que nadie nos ha descubierto y nos persigue.

Si algo me resulta sospechoso, se lo digo al adulto que me acompaña. Entonces nos paramos frente a alguna vidriera, o fingimos habernos equivocado de camino, tratando de entender de qué se trata.

Hoy, las cosas no son como habitualmente. Mi abuela me comunica que mi madre acaba de llamar por teléfono. Esta noche no iremos a casa de Carlitos. Mi padre ha caído preso una vez más. Deberé quedarme en casa de mis abuelos hasta que mi madre dé noticias. Ella dijo que volvería a llamar, sí. Pero ¿cuándo?

*

Finalmente, he ido a la cárcel a ver a mi padre con mis abuelos paternos.

Un gran patio empedrado. Un día hermosísimo.

Mi padre estaba todo vestido de azul, como los otros, y con el pelo cortado casi al rape. Había más presos de su edad, cuyos hijos y padres venían a verlos por primera vez. Todos parecían haber caído hacía muy poco. También nosotros, hoy, hacemos nuestro debut como visitantes.

Antes de dejarnos entrar a ese gran patio, una señora enorme y muy bella, vestida de trajecito e izada sobre tacos altísimos, dijo que nos requisaría, a mi abuela y a mí, mientras mi abuelo, con el grupo de

los hombres, debió ir detrás de un policía bajito y barrigón, muy moreno y de bigote tupido.

Ocurrió en un cuarto muy pequeño adonde las mujeres que venían de visita iban entrando por turno. Yo entré en esa piecita al mismo tiempo que mi abuela. Al principio, me decía que habíamos tenido suerte en que nos tocara aquella señora tan elegante (¡mira, ella usa también rodete!), aunque me molestó, sí, que me palpara.

Mi abuela debió quedar en bombacha y corpiño. Sus senos son enormes, pero sobre todo fofos y caídos. Parecía incomodarla que yo la mirase. Yo también estaba incómoda, en verdad, sobre todo a causa de sus senos y esos trazos diminutos y violáceos que le estrían los muslos y en los que yo nunca había reparado.

La bella señora de traje se tomó tiempo en revisar a mi abuela. Deslizó una mano entre sus senos, los alzó varias veces, alternativamente, e incluso los apretó, como quien modela una pasta informe y reblandecida. Después le palpó las nalgas y deslizó la mano también entre sus muslos.

Formábamos un grupo extraño en el patio luminoso de la cárcel de La Plata. Unos al lado de otros, a pleno rayo del sol, parecíamos habernos dado cita para algún tipo de conmemoración; pero era una reunión muy particular, porque aquéllos que vestían de azul ya no podrían salir. Por el momento al menos.

Mi padre pidió que le escriba todas las semanas. Me dijo que leerme, claro, le ayudará. No hablamos de mi madre, ni del altillo secreto, ni de nada de todo eso. Tratamos de hablar de otras cosas, y de otros. De charlar, nomás, como si nada pasara.

Después mi abuelo le preguntó a mi padre cómo estaba, y mi padre le preguntó a mi abuela cómo estaba, y luego me tocó a mí responder a la misma pregunta. Todos, cada uno a su turno, hemos dicho que todo estaba bien.

3

Hoy mi abuelo y yo tenemos cita con mi madre. ¿Cuánto tiempo hace que no la veo? ¿Dos, tres meses, quizá?

Los dos vamos a su encuentro en una de esas plazas tan lindas de La Plata, con caminos de anchas lajas blancas y árboles en flor. Aparentemente, ella ha dejado dicho que la esperáramos junto a la calesita.

Mi abuelo me propone dar una vuelta, pero yo no tengo ganas. Sentada en un banco junto a él, me miro los zapatos y me aferró a su mano mientras la calesita gira ensordeciéndome con una música festiva, campanitas ñoñas y un corito chillón.

Es un día de mucho sol, pero el sol me molesta, y entrecierro los ojos.

Lo que me gusta de fruncir los párpados en estos baños de luz, es que empiezo a percibir las cosas de manera muy diferente. Me gusta sobre todo el momento en que el contorno de las cosas se desdibuja y parecen perder volumen.

Cuando el sol brilla intensamente, como hoy, puedo llegar más rápido a ese punto en que todo se transforma y yo me encuentro en medio de imágenes planas, como pegadas a una lámina de luz. Por la sola presión de mis párpados, consigo hacer que el mundo retroceda y a veces, incluso, aplastarlo contra ese fondo luminoso. Hasta la música de fiesta termina por estrellarse contra ese telón enceguecedor.

Si logro hacerlo, me esfuerzo por quedarme así tanto tiempo como sea posible. Pero ese encuadre tan particular se desajusta en seguida, a veces tan pronto como se lo alcanza. Hoy, incluso, las formas de las cosas se me resisten. Muy rápidamente, todo vuelve a inflarse y tomar cuerpo y el libro de luz en que me hallaba desaparece.

Sin embargo, hago una última vez la prueba porque soy testaruda, y me encanta ver cómo las cosas se hacen trizas por la sola fuerza de mi mirada. Vuelvo a arrojar lejos todo lo que me rodea para que se haga trizas contra el telón de fondo. Mi abuelo incluido. Esta vez, todo se aplasta rápidamente, como si yo hubiera podido aquilatar la breve experiencia adquirida.

Pero también parece que la calesita, los árboles, mi abuelo y hasta las campanitas hubieran ganado en resistencia. A pesar de la violencia con que los he visto estrellarse, ahora vuelven a inflarse más rápidamente y con más vigor que antes. Yo abandono por el momento la partida.

Mi abuelo se incorpora. Mi madre seguramente acaba de llegar.

El decorado ha vuelto hace tiempo prolijamente a su sitio: los árboles, la calesita, los niños. Mamá era lo único que faltaba.

Yo también me pongo de pie y alzo la vista a una mujer que se parece mucho a aquella que esperamos —la actitud de mi abuelo, de hecho, lo confirma— pero que a mí me cuesta reconocer.

Mi madre ya no se parece a mi madre. Es una mujer joven y delgada, de pelo corto y rojo, de un rojo muy vivo que yo no he visto nunca en ninguna cabeza. Tengo un impulso de retroceder cuando ella se inclina para abrazarme.

—Soy yo, mamá... ¿No me conocés? Es por este color de pelo...

Mi abuelo y mi madre intercambian apenas unas cuantas palabras.

Creo entender que ella trata de tranquilizarlo.

De pronto el sol brilla más fuerte. El pelo rojo sobre la cabeza de ésta que ha venido a buscarme relumbra como el fuego. Qué estruendo, es ensordecedor. Una vez más, vuelvo a fruncir los párpados, tan fuerte como puedo, mucho más fuerte que antes. Inútil.

Desde ahora, lo sé, la luz no estará de mi lado. Mi abuelo se va y nosotras salimos en sentido contrario, lejos de la calesita y de la plaza llena de sol.

*

Como cada vez que me reencuentro con mi madre después de una larga ausencia, tengo derecho a una muñeca.

Cuando mis padres cayeron presos por primera vez (yo debía de tener unos tres o cuatro años, tal vez un poco más), a su regreso, recuerdo, me regalaron una sirena rubia de plástico, que acunaba entre sus brazos un niño muy pequeño.

Aquella vez, para que yo no me angustiara, a mis abuelos se les ocurrió decirme que mi padre y mi madre habían partido “a Córdoba, por su trabajo”, pero yo había entendido muy bien que estaban en la cárcel, y que aquello no tenía nada que ver con su trabajo, sino, probablemente, con una temporada que habían pasado en Cuba mucho tiempo atrás. Por eso, en mi memoria, esa primera estadía en prisión y mi pequeña sirena plástica siguen estrechamente asociadas a la ciudad de Córdoba y un poco, también, a La Habana, aunque en realidad la cárcel haya estado mucho más cerca, y la pequeña sirena de plástico hubiera sido comprada, probablemente, a la vuelta de la esquina. Aun hoy, cada vez que la miro, y aun sabiendo perfectamente la verdad, tengo la impresión de que mis padres fueron a buscarla muy, pero muy lejos, para mí, al Caribe o algún lugar semejante. Por eso también, aunque sé que Córdoba no tiene nada que ver con esta historia, yo la llamo “mi sirenita rubia cordobesa” y es estrictamente por eso mi muñeca preferida. Además, sea como sea, en verdad, cuanto más la miro, más me parece llegada de otro mundo, completamente diferente.

Esta vez, yo puedo elegirla, a mi muñeca del reencuentro. Entramos en un negocio y mi madre me dice:

—Dale, elegí. La que más te guste.

Yo me detengo delante de una muñeca rechoncha y mofletuda, negra, de pelo largo y rizado. Mi madre paga rápidamente en la caja, murmura a la vendedora unas palabras apenas inteligibles; la vendedora parece haber comprendido que no vale la pena envolverla; y nos vamos en seguida.

Mi madre me lleva aferrada de la mano.

Yo aferro fuerte, en la otra mano, la manito de la muñeca hermosa que me acompaña.

No sé muy bien en dónde estamos, menos aun adónde nos dirigimos. La plaza y su calesita ya han quedado muy atrás. Mi madre de pelo rojo avanza a paso firme, sin decirme palabra. Entre ella y la muñeca, yo sigo su impulso, y no me atrevo a romper el silencio.

Llegamos a un sector de la ciudad que no conozco, de casas bajas y calles desiertas. En una esquina como todas pasamos por una puerta a un largo pasillo que desemboca en una especie de plaza arbolada donde pequeñas casas modernas, todas de una planta, se adosan las unas a las otras, reiterando cinco o seis veces la misma puerta de un azul muy claro, el mismo arbusto escuálido que parece plantado allí contra su voluntad, y sobre todo, sin intenciones de vivir mucho tiempo. Ya es de noche.

Una mujer que nunca he visto nos abre la puerta y la cierra en seguida y nos hace pasar a la casa, en silencio. Evidentemente, nos esperaba, a mi madre y a mí; nos abraza como si nos conociera desde siempre y parece feliz de que hayamos llegado. ¿Puede ser que yo la haya visto antes? ¿Puede ser que ella también haya cambiado de cabeza, como mi madre, antes morocha y de pelo largo, hoy pelirroja y de pelo corto?

En la casa, todo está en silencio. Las paredes blancas, enteramente desnudas. Los postigos cerrados. En toda la casa no hay al parecer otra iluminación que la que prestan una bombilla colgada del techo de la cocina, y una pequeña lámpara de escritorio apoyada en el suelo de la pieza contigua, un piso de cemento listo para un revestimiento más acogedor que probablemente nunca va a llegar. La señora nos muestra rápidamente el cuarto, enteramente sumergido en la penumbra, salvo por el pequeño círculo de luz que proyecta en el suelo la pantalla metálica, una fuente de luz desproporcionadamente pequeña para esa

habitación que parece más grande por el mobiliario casi inexistente, si es que se puede considerar muebles a unos viejos cajones de fruta transformados en biblioteca y a dos colchones tendidos en el suelo. Hay muchísimos libros por todas partes, sí, torpemente apilados en columnas inestables, que uno imagina derrumbándose al menor roce. Volvemos a la cocina donde mi madre y la señora se juntan, contra la pared, a discutir algo.

La mujer empieza a hablar de Dios y mi madre a escucharla con atención profunda. En cuanto a mí, estoy casi segura de que ésta es una de las primeras veces en que escucho hablar del Señor como si verdaderamente existiera, como si se tratara de alguien real, alguien con quien uno puede contar —yo había visto, sí, a mi bisabuela rezar en voz alta su rosario, cotidiana y maquinalmente, moviendo apenas los labios, con los ojos cerrados. Iba deslizándose entre sus dedos, una a una las cuentas, repitiendo oraciones de las que uno no escuchaba sino palabras aisladas, pero encadenadas incesantemente. Este gesto había pertenecido siempre, para mí, a una especie de folklore familiar.

La señora convence a mi madre de que es urgente bautizarme.

Yo no sabía que no lo estaba.

A decir verdad, jamás me lo había preguntado.

Escucho todo con asombro, pero me tranquiliza saber que uno puede contar con Dios y que basta con hacer una señal para que Él se ocupe de quienes le necesitan.

Mi madre y esta mujer se vuelven a mirarme y me hablan de los primeros cristianos. Las dos se dirigen directamente a mí antes de trenzarse de nuevo a hablar entre ellas con un entusiasmo tal que parecen absolutamente olvidadas de mi presencia. La señora dice que Dios no se encuentra solamente en las iglesias. Cree que uno podría preguntarse incluso si Él está *todavía* en las iglesias; si con todo lo que está pasando, Él puede sentirse aún allí, en Su casa. Esta idea las hace reír mucho, parecen considerarla una broma excelente. Yo río también ante la idea de un Dios sin hogar, errante, un poco como nosotros ahora. Las miro a una por vez tratando de reír muy fuerte, tan fuerte como puedo, ansiosa de que recuerden que estoy aquí, de hacerles entender que entendí el chiste.

Al menos, creo haberlo entendido.

En fin, parece ser que Dios es un ser muy accesible, basta con hacerle un signo y con creer en Él. A eso se le llama la Esperanza o la Fe.

Pero la palabra “Esperanza” tiene, me doy cuenta, la virtud de ser más clara.

Nosotras, esta noche, invocaremos a Dios sin necesidad de un sacerdote. Un poco de agua, algunas oraciones y yo, también yo, podré formar parte de la cristiandad.

Como en los tiempos de los primeros cristianos justamente, cuando Dios y su Hijo estaban con los débiles que se escondían como nosotros, explica la señora. Tengo la impresión de comprender mejor y me siento increíblemente próxima de esos hombres y mujeres que nos han precedido, hace tanto tiempo. ¿De modo que Dios vela por nosotros, hoy, como veló por ellos antes?

Repentinamente, yo también siento que el tiempo apremia.

Quiero estar bajo la protección del Señor lo más pronto posible. No comprendo cómo he podido vivir sin Él por tanto tiempo. Y sin saber siquiera que lo precisaba.

Me desvisto en la cocina y me hundo en un fuentón metálico, como aquél en que mi madre lava la ropa delicada. O a veces los repasadores, cuando están muy sucios.

La amiga de mi madre reza en una voz apenas audible, al tiempo que derrama agua sobre mi cabeza. A sus oraciones sigue un largo silencio —y yo imagino que ella espera una señal: Su respuesta—. Luego toma las manos de mi madre, y forman entre ambas un pequeño círculo alrededor de mí, como quien juega a la ronda, sólo que ellas permanecen inmóviles y silenciosas.

La espera me resulta larga, interminable.

El Señor se toma su tiempo para responder.

En la pequeña cocina de la casa vacía, aguardamos.

¿Y si Él no se manifestara? ¿Y si Él no quisiera saber nada conmigo? ¿Y si cometí un error al reírme de sólo imaginarlo errante? ¿Y si ese largo errar terminó por dejarlo exhausto, y lo alejó definitivamente de nosotros, y de todos los hombres?

No me atrevo a hacer un solo movimiento.

Por fin, la señora abre los ojos. Como si alguien le hubiera dado la autorización, como obedeciendo a una señal que no llega hasta mí pero

de cuya existencia no dudo, ni quiero dudar, hace la señal de la cruz sobre mi frente.

Yo siento una paz extraordinaria. Él ha respondido, entonces, Él me acepta.

Salgo del agua y vuelvo a vestirme, sintiéndome ya bastante cambiada.

Mi madre y yo nos presentamos en una nueva casa donde conocemos a una joven pareja: sus nombres son Daniel y Diana, pero los llaman “Cacho” y “Didí”.

Diana está embarazada, pero casi ni se nota. Tiene el pelo largo, claro y ondulado, y grandes ojos verdes, extremadamente luminosos y dulces. Es muy hermosa, e increíblemente sonriente.

Yo siento de inmediato que su sonrisa me hace bien. Me da tanta paz como mi bautismo en el fuentón de metal. Y tal vez más. Puedo ver, sin embargo, que esa sonrisa pertenece al pasado, a algo que yo sé perdido para siempre. Pero cómo me conforta, sea por lo que sea, ver que ella haya podido anclar en el tiempo para quedarse así, con ese rostro.

Mi madre me dice que muy pronto viviremos con Cacho y Didí en otra casa, lejos del centro de la ciudad. Los dos me sonríen —veo sobre todo a Diana, como iluminada por dentro— y me preguntan qué pienso, si me gusta la idea. Yo digo que sí, haciendo grandes esfuerzos por sonreír a mi vez, sabiendo que, de todas maneras, cualquier sonrisa mía ha de parecer ridícula junto a la sonrisa de Diana, a ese pelo, a esos ojos.

★

Mientras esperamos la orden de mudarnos a esta nueva casa, vivimos en la de otra pareja que tiene dos hijos, dos varones, más o menos de mi edad.

Yo juego un poco con ellos, juegos a los que no estoy nada habituada. Entre nosotros, jamás hablamos de lo que está pasando, ni de la clandestinidad —¿se la habrán explicado a ellos, como me la explicaron a mí?—, ni de la guerra en la que nos obligaron a entrar, aun cuando la ciudad esté llena de gente que no participa de ella y que en ciertos casos, incluso, parece ignorar que existe. Si sólo aparentan ignorarlo, bueno, lo consiguen sorprendentemente bien.

No hablamos del miedo, tampoco.

Ellos no hacen ninguna pregunta, no quieren saber qué estoy haciendo allí, en su casa, sola con mi madre, ni siquiera cuánto tiempo vamos a quedarnos. Es un alivio increíble que estas preguntas no surjan, que ellos tengan la delicadeza de evitármelas.

Ahora tomo un autito rojo que hago rodar sobre una mesa imitando, alternativamente, el ruido de un motor forzado a fondo, o el ruido del viento al rozar la carrocería. En verdad imito al menor de los dos chicos, que hace exactamente los mismos ruidos pero acostado en el piso, de espaldas, haciendo rodar el autito por el envés de la tabla de la mesa, como si el conductor pequeñísimo que hay dentro del juguete hubiera conseguido transgredir las leyes de la gravedad. No, no entiendo muy bien el interés de este juego, pero trato de demostrar buena voluntad, y tanta aplicación como puedo.

El mayor, por encima de la mesa, desliza sobre el espacio que yo le dejo libre la chatarra de un autito verde que perdió la puerta y cuyo techo, en parte, está completamente aplastado, alternando iguales ruidos de motor, soplos de viento y algún chirrido de frenos; llegado al fin de la ruta que se fija, vuelve a emprenderla desde el comienzo, y nosotros hacemos lo mismo —su hermano y yo—. Jugamos así largo tiempo, a la vez juntos y por separado. El hermano menor, y yo misma, alternativamente, respondemos al tronar de motores del mayor con el violento tronar de una tormenta que cada una de nuestras máquinas debe atravesar en un esfuerzo gigantesco.

De pronto, el hermanito menor nos interrumpe con un estridente bocinazo.

Hoy debe tener lugar una reunión. Como siempre, se hará en una casa desconocida. El hombre que nos hospeda nos llevará hasta allí en auto, a mi madre y a mí.

Nos ubicamos en el asiento trasero. Otro hombre joven y muy hermoso se instala adelante, al lado del conductor. Doblamos en una esquina, a la derecha, luego, inmediatamente, en otra. Cuando llegamos a una plaza llena de flores la rodeamos varias veces, dos, quizá tres veces, como si reprodujéramos sobre el asfalto los movimientos de la calesita que, a toda velocidad, gira en su centro, pero en sentido contrario. Yo reconozco la plaza donde esperábamos con mi abuelo, hace sólo algunos días, la llegada de mi madre, y la modesta juguetería donde compré mi muñeca del reencuentro. En la vidriera del negocio veo una muñeca muy parecida a la que compré, casi igual en la cara y en el pelo, pero vestida de un modo diferente, un poco más grande o más linda también, me parece.

—¡Mirá! Tenían más muñecas, pero ésa es distinta. ¡Tiene más pelo, y es más brillante!

Mi madre no responde. Volvemos a pasar frente a mi muñeca, la misma pero distinta.

—¡Mirá! Tenían más, pero ésa no es idéntica. ¡Tiene los labios más rojos!

Mi madre sigue sin responder. Es el hombre que maneja el que reacciona cortante, muy disgustado:

—¿Pero te podés callar? ¡Callate de una vez, che!

Esta será la única vez que el hombre me hable.

Herida por sus gritos y el silencio persistente de mi madre, me vuelvo entonces hacia ella y descubro que tiene los ojos cerrados. El hombre ahora le dice:

—Lo lamento, pero tengo que empezar todo desde el principio. Explicale vos a la nena... ¡y que se calle, carajo!

Entonces ella me explica:

—Yo tengo que cerrar los ojos para no ver adónde vamos y el compañero da vueltas para que yo ya no sepa dónde estamos. ¿Entendés? Por seguridad.

Entiendo.

Pero yo, yo lo veo todo... Que mi madre cierre los ojos, ¿me protege, también? Yo me guardo todas las preguntas para mí y no abro más la boca. De todas maneras, no hemos vuelto a pasar ante la muñeca, la misma que la mía, pero mejor.

*

Por fin nos mudamos a la casa de Cacho y Didí.

Mejor dicho, nos reunimos con ellos en una casita a la que han llegado apenas unos días antes, prueba de que es ante todo su casa, aunque también sea un poco la nuestra.

Al frente de la casa hay una verja verde, oxidada por partes, que separa un patiecito ínfimo de una vereda que apenas si merece el nombre, llena como está de piedras, arena, baldosas y montículos de tierra entre los que se forman enormes charcos de agua cuando llueve, es decir, muy seguido en este fin de verano. La calle no está asfaltada, lo que es frecuente en las afueras de la ciudad. Para evitar que el viento levante demasiado polvo en tiempo seco, los vecinos salen a echar baldazos de agua en la porción de tierra que queda justo delante de su puerta, a fin de fijar la tierra al suelo.

Lo ideal es que llueva, pero no demasiado, porque entonces la calle se vuelve impracticable, tanto para los automóviles como para las personas y los caballos que pasan, numerosos todavía, en esta zona de La Plata. El barrio entero se hunde entonces en el lodo.

Después de franquear la puerta, uno entra a un corredor. A la derecha, el cuarto de Cacho y Didí se abre a este corredor. A la izquierda, una puerta permite acceder a un garaje. Son las dos únicas piezas que dan a la calle. Al final del pasillo hay una cocina relativamente grande que sirve también de sala y comedor de diario. Pasando esta habitación casi para todo uso, el corredor termina en otra puerta que da al patio del fondo. Abriéndose también directamente sobre el patio, hay un baño sin ventanas y bastante vetusto. Frente a la puerta de la cocina, otra puerta se abre sobre una habitación minúscula en la que dormimos nosotras, mi madre y yo. Los espacios son muy pequeños, pero la casa no acaba ahí.

Al fondo del pasillo y detrás de la pieza que nosotras compartimos, se encuentra un tinglado rudimentario, una suerte de cobertizo descalabrado que, contrariamente a lo que pensaría cualquier extraño al grupo, es el verdadero corazón de la casa. Fue por la existencia de este galpón en pésimo estado, apenas cubierto con algunas chapas de zinc acanaladas que, malamente, hacen las veces de techo; fue por este galpón que la conducción de Montoneros ha elegido la casa. Y que vivamos en ella.

6

Cuando pienso en esos meses que compartimos con Cacho y Diana, lo primero que viene a mi memoria es la palabra *embute*. Este término del idioma español, del habla argentina, tan familiar para todos nosotros durante aquel período, carece sin embargo de existencia lingüística reconocida.

Desde el mismo instante en que empecé a hurgar en el pasado — sólo en mi mente al principio, tratando de encontrar una cronología todavía confusa, poniendo en palabras las imágenes, los momentos y los retazos de conversación que habían quedado en mí— fue esa palabra el primer elemento sobre el que me sentí compelida a investigar. Ese término tantas veces dicho y escuchado, tan indisolublemente ligado a esos fragmentos de infancia argentina que me esforzaba por reencontrar y restituir, y que nunca había encontrado en ningún otro contexto.

Consulté en principio los diccionarios con que contaba en casa: ni un rastro de *embute*. Durante meses, interrogué a cuanto hispanohablante tuve ocasión de cruzar en mi camino: ninguno de ellos conocía la palabra.

Alguien, sin embargo, me había indicado que las autoridades de la Real Academia Española, desde poco tiempo atrás, podían ser consultadas por correo electrónico sobre cualquier tipo de preocupación lingüística. Sobre cualquier cuestión imaginable, la Real Academia responde, pasados algunos días, una o dos semanas a lo más, a las dudas de todos los hispano parlantes. Yo quedé subyugada por la idea de consultar una institución tan prestigiosa para contar, al fin, con una respuesta esclarecedora.

Quería saber si la palabra había quedado asentada en algún tipo de registro, ya fuera como americanismo o neologismo, y qué entendía

por “*embute*” un hablante consumado de español. A todo lo cual me respondieron, que, en tal forma, la palabra no podía designar sino a “la tercera persona del singular del presente del indicativo del verbo *embutir*”. Ahora bien, en la lengua que se manejaba en esa época en el compartimiento estanco de la organización Montoneros, *embute* era empleado sin excepción como sustantivo común.

El único término que tiene una existencia reconocida en español, al menos en el español de los diccionarios y los lingüistas, es por lo tanto el verbo *embutir*, que significa, literalmente, “hacer salchichas”. El verbo puede tener también otros significados: “rellenar”, “meter dentro”, o incluso “abollar” como en el término francés “*emboutir*”. Sea como sea, lo que el verbo designa en primer término es el acto de fabricar “embutidos”.

Uno podría pensar entonces que el término *embute* designa la carne que se encuentra en el interior de las salchichas (aquello con que se las rellena), o bien la funda que las rodea (aquello que es relleno). Ahora bien, en mi memoria, no se trata de nada parecido. La palabra *embute*, tal como se la empleaba, no tenía nada que ver con el arte de la carnicería.

Continué entonces investigando, sin el auxilio ya de los especialistas, buscando en la Internet la aparición de la palabra en todas las páginas en español a las que puede accederse en pantalla.

En dos oportunidades, la palabra aparece usada en el sentido de “embuste”, término que corresponde al francés “*tromperie*”. Pero en ambas ocasiones, “*embute*” resulta evidentemente de un error de tipeo.

Los mexicanos, por su lado, suelen emplear la forma “*embute*” como sustantivo común, pero sólo en el habla familiar y en un sentido claramente sexual. Fue así como, durante esas búsquedas por la Internet, encontré el término en un foro cuyos participantes, todos ocultos bajo seudónimos, intercambiaban dudas sobre cuestiones sexuales más bien técnicas y precisas. En ocasión de un debate sobre el tema “beso negro: ¿qué es?” una de las personas que participaba, desde pocas semanas atrás, en este *blog* erótico mexicano bajo el seudónimo de Tancredo, escribió: “La palabreja *embute* también es muy empleada por Don Nadie”. Desgraciadamente, el testimonio de este “Monsieur Personne” ya no estaba accesible. En cuanto a Tancredo, no daba más precisiones.

Veo, sí, que otros argentinos usan el término en Internet, en el sentido que para nosotros tenía en esa época, pero siempre aparece en el contexto de testimonios sobre la represión en la Argentina de los años 70, y la mayor parte de las veces, entrecomillado.

“Embute” parece pertenecer a una suerte de jerga propia de los movimientos revolucionarios argentinos de aquellos años, más bien anticuada ya, y visiblemente desaparecida.

Las obras deben progresar rápido. Por detrás del galpón, allá al fondo de la casa, el gran *embute* tiene que ser construido.

Como primera medida habrá que hacer un gran agujero en la tierra.

Desde hace algunos días, dos hombres vienen a trabajar en casa, el Obrero y el Ingeniero.

Diana es la encargada de ir a buscarlos en su pequeña furgoneta gris. Tan pronto el vehículo ha entrado en el *garaje*, ella los hace salir por la puerta trasera, librándolos de oscuridad y camuflaje: desde el lugar de la cita con Diana, han debido hacer este trayecto escondidos bajo una vieja frazada polvorienta. Una vez que han salido, sus ojos demoran un tiempo en habituarse a la luz.

Antes de que ellos pasen a ocuparse de nuestro inmenso agujero, compartimos unos momentos en la cocina. Los dos charlan con Diana y mi madre, otras veces con Cacho, aunque más raramente porque él casi siempre está fuera. Durante este tiempo, quien ceba mate soy yo.

Si Cacho tantas veces está ausente, es porque todavía tiene la suerte de trabajar, y por lo demás, usando su verdadero nombre. Nadie sabe que milita en Montoneros, y menos aún se lo sospecha de Diana, que tiene toda la apariencia de ser la esposa de un ejecutivo sin más preocupación que su trabajo.

Por lo general, Cacho parte a Buenos Aires temprano en la mañana y no vuelve hasta muy tarde en la noche. Trabaja en un estudio donde ocupa un puesto importante, creo; en todo caso, siempre está de punta en blanco. Salvo los fines de semana, usa un traje azul oscuro, una corbata también azul ligeramente más clara que el traje y una camisa de una blancura irreprochable. Con su maletín de cuero negro y sus bigotes estrictos, en verdad no tiene nada de un “revolucionario”.

Esto divierte enormemente a César, el responsable del grupo, que llega, en su caso, casi siempre a pie o en colectivo. Fuera de las personas que viven en la casa —esto es: de Cacho, Diana, mi madre y yo—, César es el único miembro de la organización que sabe dónde queda. Por esta razón él puede venir a vernos más libremente, una vez por semana, a presidir las reuniones.

César es un poco mayor que los demás. Debe de tener unos treinta años. Sus pequeños anteojos le dan un falso aire profesoral. Tiene, como Diana, ojos que parecen sonreír, y un pelo lacio y ligeramente alborotado, como de poeta. Nada incompatible, pienso: bien podría suponerse que es un profesor poeta.

“Che Cacho, ¿no se te va la mano a vos?”, dice entre risas. “Esa corbata, francamente... Podrías, de vez en cuando, qué sé yo, permitirte un toquecito de locura... ¡una corbata gris perla, aunque sea...!”

César hace siempre los mismos chistes, pero igual nos divierte.

Es por todo esto que Cacho y Diana fueron escogidos: por un lado, para cobijar en su casa a dos personas como mi madre y yo, pero sobre todo, para custodiar un *embute* particularmente sofisticado, y que la organización precisa ocultar fuera de todo riesgo.

Vigilado por un matrimonio modelo, a salvo de toda sospecha, y que además espera un hijo.

Una pareja como tantas otras, a la que suele visitar un profesor poeta.

En cuanto a mi madre y a mí... estamos allí de paso, por un tiempo. Como sea, mi madre es una mujer tímida y muy discreta, que prefiere, aparentemente, no mostrarse demasiado.

*

Desde que se inició la excavación, hace ya unos diez días, el Obrero ha llenado decenas de bolsas de tierra y escombros. Al fin de cada jornada, antes del anochecer, Diana vuelve a llevar al Obrero y al Ingeniero —a veces no viene más que uno de ellos, el Obrero, ya que el trabajo del Ingeniero es mucho menos absorbente— siempre ocultos bajo la vieja frazada polvorienta. Y también en plena noche Cacho y Diana salen a

deshacerse, en obras o terrenos baldíos (hay muchísimos en el barrio) de algunas de esas bolsas colmadas durante el día.

A veces, también, salimos de a uno a la vereda, a la vista de los vecinos.

Y es que oficialmente aquí sólo se hacen trabajos a fin de acondicionar el galpón que dará albergue a centenares de conejos. Esas bolsas visibles justifican, o así lo esperamos, las innumerables idas y venidas de la pequeña furgoneta gris. Nosotros afectamos la agitación que podría explicar el modesto proyecto de construir un criadero, así como la compra de tantos materiales. Pero detrás de esa construcción se levanta una obra absolutamente diferente, inmensa y de una importancia única: la casa que habitamos ha sido elegida para ocultar en ella la principal imprenta montonera.

Las dos obras avanzan a un tiempo, y las cosas, a cada día que pasa, van tomando más forma a los ojos de todos: mientras de allá atrás se extraen kilos y kilos de tierra para crear el cuarto secreto donde se esconderá la imprenta, en el galpón se apilan decenas de jaulas metálicas destinadas a los conejos que pronto se nos unirán.

★

Durante el día, y hasta que llegue —eso espero— el momento de volver a la escuela tras las vacaciones de verano, voy a mirar largamente el progreso de las obras, o mejor dicho, de las *dos* obras, la oficial y la otra.

Fue el Ingeniero quien imaginó este cuartito que se está construyendo al fondo del galpón. Ha tenido la idea de construir un segundo muro delante del muro del fondo, perfectamente paralelo, a dos metros apenas de distancia, o quizá menos. Ahora que las obras están bien avanzadas, sobre el ala derecha del muro, puede verse una gruesa puerta del mismo material, pero montada sobre una estructura metálica.

El Ingeniero tiene en verdad mucho talento. Me dice, orgulloso de su obra, que ya está casi acabada, y que este *embute* suyo es uno de los más complejos que hayan sido contruidos jamás.

Gracias a un mecanismo electrónico, esa gruesa puerta de cemento que permite acceder a la imprenta clandestina podrá abrirse o cerrarse.

—¿Cómo, un mecanismo electrónico?

—Sí, ¿ves? Allá arriba hay dos cables de electricidad que van a quedar a la vista, como ocurre muchas veces en las obras en construcción. Sólo que en este caso no será por negligencia ni por desprolijidad...Ya está casi listo. Mirá, vamos a hacer la prueba...

Entonces, él hace ante mis ojos algo que apenas puedo creer. Con la sola ayuda de otros dos cables salidos de una especie de cajita, establece un contacto y logra que se desplace, con una rapidez inusitada, la enorme puerta de cemento que se hallaba ante nosotros: el espacio reservado a la imprenta desaparece de pronto detrás de un muro perfectamente uniforme, en el que nadie podría sospechar una abertura. La estructura metálica sobre la que está montada la puerta también ha quedado invisible: al cerrarse, la misma puerta la ha escamoteado por completo a nuestra vista.

Yo doy un grito de admiración porque el dispositivo me parece en verdad asombroso. El ingeniero, visiblemente satisfecho de sí, empieza a comentar su obra. Una vez cerrada, la puerta prolonga perfectamente la pared, ¿ves?, nadie podría sospechar que existe. Si nosotros necesitamos esconder algo, así tenemos que proceder. Bastará con tomar ese burdo aparato de control remoto que estará siempre en un rincón, a la vista de todos, como dejado allí por casualidad...

Esto último, de una astucia inimaginable, sin duda es lo que a él más lo enorgullece. Un dispositivo técnico complejo protegido por supuestas muestras de negligencia y de torpeza, todo perfectamente previsto.

—El *embute* estará mejor guardado si los medios para ponerlo en funcionamiento, el mecanismo de apertura, digo, quedan a la vista de cualquiera. ¿Genial, no? La idea se me ocurrió mientras leía un cuento de Edgar Allan Poe: nada esconde mejor que la evidencia excesiva. *Excessively obvious*. Si yo hubiera escondido toda esta mecánica, ahora no estaría, sin duda, tan perfectamente a salvo. Ese cablerío grosero que mandé dejar a la vista es el mejor camuflaje. Esta apariencia desprolija, esta manera de exhibir, con toda simplicidad... ha sido perfectamente calculada y es, precisamente, nuestro mejor escudo. Los conejos también van a protegernos, cuando lleguen...

—¿Es bueno, ese Edgar Allan Poe, entonces?

—Un maestro en la palabra. *El escarabajo de oro*, *Ligeia*, *La caída de la casa Usher*... Ya vas a leerlo todo cuando seas grande...

—¿Por qué cuando sea grande? ¿No puedo leerlo ahora?

—Podés *intentar* leerlo ahora, claro, pero tiene tantas sutilezas que desentrañar —dice el Ingeniero—, antes de entrar él mismo en el *embute* para verificar cómo ha quedado la instalación eléctrica.

Su voz llega hasta mí, ahora, notablemente asordada.

—Mi cuento preferido es *La carta robada*.

*

Cada vez que el Ingeniero llega a casa, me precipito hacia las obras. El Obrero, claro, está siempre allí, porque ahora debe ocuparse también de las instalaciones que darán albergue a los conejos. Pero él, el Ingeniero, aparece cada vez más esporádicamente.

—Ya todo funciona a la perfección. Muy pronto dejaré de venir, y no me verás más.

Mientras otra vez pone a prueba el dispositivo de apertura y cierre de la puerta del *embute*, se vuelve hacia mí y pronuncia estas palabras con una gran sonrisa que le ilumina el rostro.

Nunca había reparado en lo hermoso que es. Su pelo es muy oscuro, casi negro, pero su piel blanquísima. En cuanto a sus ojos, no sabría definir exactamente el color. ¿Gris-azul, gris-verde? Porque ese color de sus ojos cambia según el tiempo, según la luz y también según el brillo que su ánimo les presta: cuando está, como ahora, vuelto sobre sí, sus iris se recubren de una suerte de velo opaco con reflejos negros. El Ingeniero debe de tener la edad de mi padre, pero es, también, mucho más corpulento y espigado. Me siento tan pequeña junto a él...

Pegada al falso último muro de la casa, me pongo a jugar con una de mis trenzas, que enrosco una y otra vez en torno de mi dedo índice, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—Ah, qué lástima —digo—. Porque lo que hiciste es genial... Podrías hacer otro *embute*, ¿no? más chiquito, a lo mejor, en otro lado, allá en la casa... No sé... En el living, o en mi habitación, por ejemplo.

Él se vuelve de nuevo hacia mí antes de estallar en una carcajada.

—¡No! Mi trabajo aquí ya terminó. Tengo cosas que hacer, en otra parte....

Me siento verdaderamente ridícula por haberle pedido eso. Creo, incluso, que al escuchar su carcajada me ruboricé. Pongo mis brazos detrás de la espalda y aprieto fuerte los puños mientras me alejo a refugiarme en mi cuarto, falsamente indiferente, profundamente herida.

*

Junto a mi cama, hay una pequeña cómoda donde guardamos todas nuestras cosas, mi madre y yo.

Turbada por la escena con el Ingeniero, yo finjo poner orden mientras espero olvidar hasta qué punto he hecho el ridículo con mis proposiciones. He querido jugar a la adulta, a la militante, a la ama de casa, pero sé bien que soy pequeña, muy pequeña, increíblemente pequeña incluso, y que si el Ingeniero parece interesarse en nuestras conversaciones, es sólo porque siempre estoy allí, rondándolo, y sobre todo, para no ser descortés conmigo.

Yo revuelvo y revuelvo los cajones, saco mi ropa y vuelvo a acomodarla con otra disposición: me doy trabajo, esperando que se me pase.

Detrás de un suéter, encuentro algo duro. ¡Uf! Es la vieja cámara fotográfica que mi tía Silvia me regaló la última vez que la vi. Acababa de comprarse otra, mucho más perfeccionada. “Tomá”, me dijo. “Para vos. No será nada extraordinario, pero para sacar tus primeras fotos, puede andar muy bien...”

Yo había olvidado por completo que estaba aquí.

¿Qué podría fotografiar uno en este cuarto?

Hay dos pequeñas camitas de hierro y una repisa donde puse dos ranas de tela, unas ranas muy blandas porque están llenas de arena. Son todas verdes por arriba, pero mi abuela, que las hizo para mí, tuvo el cuidado de recubrir su vientre de un bonito género floreado. Así, me dice, parece que estuvieran nadando entre camalotes...

A través de la lente de la cámara, me cuesta reconocerlas: como son tan blandas forman, sobre la repisa justo encima de mi cama, dos montículos verdosos e informes. No llego siquiera a distinguir las flores de sus vientres.

Y es que, en el objetivo de mi cámara fotográfica, nuestro pequeño cuarto tiene un aire aun más sombrío. En esta penumbra, es cierto, mis dos ranitas no parecen nada.

Me vuelvo entonces a mirar por la ventana.

Al otro lado del patio, en la pared de enfrente, veo con nitidez sorprendente algunas manchas de humedad e incluso una grieta estrecha que viborea por su centro. Yo doy algunos pasos más hacia la ventana pues, evidentemente, con mi cámara uno ve mucho mejor lo que se encuentra afuera.

Es entonces cuando oigo los pasos del Ingeniero que vuelve del fondo de la casa y se dirige a la cocina. Debería pasar muy pronto frente a la ventana de mi pieza.

Estoy contenta de tener esta cámara: a través de mi lente podré mirarlo sin dejar los ojos fijos sobre él, como una idiota. Detrás de la cámara, me siento un poco más protegida. Cómo quisiera que él me mirase cambien, y que me viera de un modo diferente, con esta máquina de adultos.

Yo lo veo aparecer en el diafragma, pero él no parece haberse dado cuenta de que estoy aquí.

Justo en el momento en que el Ingeniero se apresta a abandonar el patio, antes de que él desaparezca en la cocina, yo hago un ruido ínfimo, “¡clic!”, para llamar su atención, al tiempo que le dedico, bajo la caja negra pegada contra mi cara, una enorme sonrisa.

En vez de entrar en la cocina, él entra a mi habitación, furioso, y me arranca la cámara de las manos.

—¡Pero te volviste completamente loca! ¿Qué estás haciendo, me querés decir?.

Con rabia, él abre la tapa de la cámara y comprende que está vacía. Después la arroja contra mi cama y me toma del brazo, me aprieta muy fuerte y me sacude...

—¿Cuál es la gracia, eh? ¡No tiene nada de gracioso! ¡Y sabés bien que nosotros no podemos sacar fotos! ¿Qué te creés que es esto? ¿Una colonia de vacaciones?.

—Pero si no tenía rollo, ¡estaba jugando, nada más...!

Él se recompone un poco, pero agrega, todavía agitado y jadeante:

—¡No juegues más a eso! ¿Me entendiste?

Yo bajo la cabeza y me pongo a llorar. Muy quedamente. Hubiera querido que él no viera mis lágrimas, pero ya no consigo contener un sollozo, estrangulado pero perfectamente perceptible. Cuanto más intento reprimir mis lágrimas, más intensamente se sacude mi cuerpo.

Él vacila un instante, como si fuera a salir, pero de repente parece cambiar de idea. Ahora se esfuerza por hablar con una voz mucho más suave. Pero es una voz demasiado brutal y artificialmente enternecida como para que pueda calmarme.

—Disculpame, dale. Estamos todos muy nerviosos, ¿comprendés?

Me da una palmadita en la mollera, apenas la punta de los dedos, mientras yo sigo inmóvil, la cabeza baja, las trenzas colgando.

Estas palmadas timoratas a modo de consuelo coronan mi humillación.

Mi madre debe tratar de no salir de casa: su foto ha aparecido publicada en los diarios. Aunque haga alarde, ahora, de una cabellera de un rojo furioso, muy distinta del pelo castaño discreto de los tiempos en que tenía, verdaderamente, la cabeza de mi madre —es decir, la de sus años de estudiante (la foto que ha aparecido en el diario *El Día* data de ese período: ha sido encontrada sin duda en los archivos de la universidad donde cursaba la carrera de Historia)—, más le vale mantenerse apartada de la vista del vecindario.

Felizmente, no es mi caso. Yo tengo la misma cabeza de antes y, por lo demás, nadie me busca. No hago más que estar allí y asistir a cuanto ocurre.

Todos los días, a eso de las seis de la tarde, veo pasar a la vecina, una muchacha corpulenta y rubia de largo pelo lacio. Ella es esbelta, va casi siempre ceñida en pantalones que le resaltan las formas, e infaltablemente encaramada a unos tacones altísimos. El sueño en estado puro, a juzgar por las miradas de la tropa exclusivamente masculina que se congrega con la excusa de intercambiar algunos mates entre machos, justo a esa hora en que todo el barrio sabe que “la bomba”, de un momento a otro, volverá a su casa. Yo también la miro, sí.

Evidentemente, ella se siente acosada por los observadores masculinos, que, con aire de expertos, la ponderan detalladamente, de pies a cabeza. Cuando estos “materos” de las seis en punto son demasiado numerosos o sus miradas más audaces que de costumbre, creo advertir que ella busca una mirada femenina, o al menos unos ojos más acogedores que hambrientos; por eso repara en mí, que le sonrío con una sonrisa no ávida como la de los varones que han elegido

pavonear su deseo sin pudor ni freno alguno —y aunque yo también crea que merece toda aquella admiración—.

Cada vez más a menudo, ella y yo vivimos esta escena de manera idéntica. Poco después de las seis, entre el momento en que aparece por la puerta de atrás del colectivo y ese otro instante en que hunde la llave en la cerradura de su puerta, unos doscientos metros más allá, avanza mirando fijo hacia delante, sin volverse una sola vez, sin demostrar que ha percibido que se la mira, aunque todos saben bien que ella sabe, y que ve bien... Y cada vez que me encuentra en su camino, ella sólo a mí dirige una mirada cómplice, y sonríe...

¿Cuántas veces habrá de repetirse esta escena antes de que ella me dirija la palabra? ¿Diez, quince veces quizá?

Un día, viéndome, como siempre, sola, y como siempre fascinada ante su aparición por la esquina, me invita a entrar a su casa.

Me da leche y galletitas antes de hacerme pasar a su cuarto.

—Vení —me dice—. Tenés que ayudarme.

Entonces abre las puertas de un armario viejo destinado exclusivamente a innumerables pares de zapatos.

Tiene zapatos de todas formas y colores: pero lo que me deslumbra, más que ninguna otra cosa, son varios pares de color rosa y violeta y de tacos altísimos, porque nunca imaginé que existieran zapatos así.

—Son lindos, ¿no?

Yo me escucho responder: “Sí”, con una voz ahogada. Ella me dice:

—Míralos bien si querés. Y también podés tocarlos.

Yo no me atrevo a moverme, tengo demasiado miedo de ensuciarlos.

—¿Te gusta el color, no? Mirá, voy a mostrarte algo...

Y ahora se sube a un banquito para tomar de lo alto de su armario una caja blanca, y de ella saca un par de zapatos deslumbrantes, como yo nunca he visto. Son de un rosa pálido, y sin embargo, extremadamente luminoso, coronados de un lazo hecho en el mismo cuero lustroso pero estriado de pliegues, a imitación de un nudo en tela. El tacón es bastante ancho y macizo, seguramente para hacer posible la elevación del cuerpo; cuando mi vecina toma uno de los zapatos en su mano, y yo veo, desde abajo, alzarse esa gruesa columna rosa del tacón hacia el contrafuerte que ella mantiene suspendido de un

modo sublime, yo comprendo que es el apéndice natural de una verdadera princesa. Dudo de ser digna, algún día, de calzar semejante maravilla, pero me siento inmediatamente orgullosa de haber tenido el privilegio de haberlo visto de cerca.

Ahora va eligiendo cinco, seis pares de zapatos que dispone sobre el suelo, a los pies de la cama; después saca de otro armario un vestido blanco estampado por delante de lunares verdes, rosas y violetas, mucho más grandes que los que he visto nunca en ninguna tela. Algunos de esos lunares se superponen, pero siempre de modo diferente: si a veces un lunar rosa recubre en parte un lunar verde, otras veces es uno rosa el que queda parcialmente oculto.

Repentinamente, me pregunta:

—Hagamos una prueba, a ver. ¿Vos, con este vestido, qué zapatos te pondrías?

Sorprendida, permanezco un largo rato en silencio. Hago a un lado inmediatamente aquellos maravillosos zapatitos de princesa que, presiento, sólo pueden calzarse en circunstancias muy, muy especiales. No por nada ella ha vuelto a colocarlos cuidadosamente en la caja, con su fondo tapizado de hojas y hojas de papel de seda.

Le señalo con el dedo un par de zapatos verdes.

—Muy buena elección—me dice.

*

Mi madre irrumpe en la cocina mientras pongo la mesa para el almuerzo. Está furiosa. Se queda en el marco de la puerta, como si la cólera le impidiera avanzar.

—¿Me podés explicar qué pasó con la vecina?

—¿Eh? Nada...

—¿Cómo que nada? ¿Qué le dijiste?

—Nada, yo no le dije nada... Ella me mostró sus zapatos, nada más.

Mi madre parece cada vez más fuera de sí. Evidentemente, espera que yo confiese algo, pero no entiendo qué, y se me caen las lágrimas.

Diana, que ha entrado en la cocina detrás de ella, se me acerca y trata de calmarla. Es Diana quien me habla ahora, con una voz muy dulce.

—Bueno, bueno. No es para tanto. Ya me las ingeníé para contestar sus preguntas, y hasta parece que me creyó. Pero, ¿cómo se te pudo ocurrir decirle que no tenés apellido?

Yo no comprendo a qué se refiere.

Diana me cuenta que la vecina ha venido, esta misma mañana, a preguntarle qué le pasaba “a esa pobre nena” que le había dicho que no tenía apellido. Yo entiendo que Diana lo está contando ante mi madre por segunda vez.

Y entiendo que “la pobre nena”, soy yo.

Todo sucedió ayer, dicen, pero yo no recuerdo. O bien ya no puedo recordarlo. Al menos eso creo.

Pero ahora que Diana amplía la descripción de este episodio, sí, es verdad, creo recordar que en un momento la vecina me preguntó mi nombre, antes o después de la escena de los zapatos, en su cuarto. Yo le respondí: “Laura”. Yo sólo dije “Laura” porque sé que esa es la única parte de mi nombre que me dejan conservar. En seguida me preguntó. “Laura qué”. Y en verdad, no recuerdo nada de lo que vino después. Debo de haber entrado en pánico, porque yo sé muy bien que sobre mi madre pesa un pedido de captura, y que estamos esperando que nos den un apellido nuevo y documentos falsos. ¿A mí también me buscan, acaso? En cierta forma, sí, sin dudas, pero sé bien que si estoy aquí, es el fruto del azar.

¿Pero podría haber sido yo la hija de un militar? No, imposible. En ese caso yo sería muy distinta. ¿Podría haber sido en cambio la hija de López Rega, el Brujo? No, menos aún, por supuesto que no, ese hombre es un asesino cínico y perverso, todo el mundo lo sabe, y sólo podría engendrar monstruos. Y yo no creo ser un monstruo, no. ¿Pero qué podría responder, entonces? ¿Cuál es, al fin y al cabo, mi nombre?

Sí, ahora que me esfuerzo por recordar esa escena en casa de mi vecina, creo que tuve miedo. Puede ser que yo le haya dicho, es verdad, que no tenía apellido, tal como te lo repitió Diana.

Pero no hay por qué ponerse así, mamá, ya me doy cuenta de que fue una estupidez. No, perdón, una estupidez no, entiendo perfectamente que se trata de algo grave, muy grave. Que puse a todos en peligro. Que se me escapó una barbaridad suficiente para hacer sospechar a cualquiera, porque no hay en el mundo una nena de siete años que ignore su apellido o que piense que es posible no tener uno. Y lo más grave es que después no dije nada, para evitar que mi equivocación enorme provocara una catástrofe. Sí, tienen razón, ¿por qué no dije nada?, ¿por qué no les avisé? Si la vecina les ha contado esta barbaridad a otras personas, a esta hora todo el barrio estará murmurando. Ya les parecemos un poco extraños, es cierto. Pero en este caso, si todo el mundo ha llegado a saber que en esa casa hay una nena de siete años que dice que no tiene apellido, ya habrán empezado a considerarnos sin duda muy, muy raros... Además de las salidas nocturnas en furgoneta, de toda esa tierra que es necesario hacer desaparecer; una nena que dice: “Yo no tengo apellido; mi familia no tiene apellido”. Tenés razón, Diana. Perdón mamá.

Oh, yo sé que tuve miedo, ahora lo recuerdo perfectamente, sentí como si hubiera caído en una trampa, en esa casa, con esa magnífica criatura rubia de los mil zapatos divinos que me preguntaba insistente: “¿Pero cómo? Eso es imposible, no hay personas sin apellido...Tu papá y tu mamá, son el señor y la señora ¿cuánto?”. Sí, ahí está, ahora me acuerdo: “No, mi papá y mi mamá no tienen apellido. Son el señor y la señora Nadadenada. Como yo”.

Mi madre se pone pálida, o de un color inhabitual en todo caso, de un color que no es normal. En absoluto.

Por mi parte, yo siento que el techo se derrumbará sobre nosotros, que los “monos” de las “Tres A” ya están ahí fuera, en sus autos negros sin número de matrícula, detrás de sus bigotazos y armados hasta los dientes; que ya irrumpen en la casa y para matarnos a todos como a conejos al fondo del galpón, al borde del inmenso agujero.

Y ya espero un acontecimiento inmediato y trágico para todos nosotros, el fin inminente, tantas veces sentido, de todas las cosas extrañas que nos suceden. Pero, contra toda previsión, Diana empieza a reír a carcajadas, una risa tan clara y gozosa que logra quebrar la insoportable pesadez que se ha instalado en la cocinita.

—Lo que vos le dijiste es tan increíble que por eso mismo pude inventar una explicación creíble. Le dije que tus padres acababan de separarse y que seguramente ésa era tu manera de expresar tu tristeza y tu angustia. La pobre. Parecía muy conmovida al escucharme.

Yo también. Y sobre todo, aliviada. Y por cierto me da una gran seguridad que Diana haya podido imaginar, para mí, un drama infantil normal. Ella no para de reír, mirándonos, alternativamente, a mi madre y a mí:

—Quién me viera... ¿Sabés? Además le dije que...

Y después, volviéndose a mirarme.

—Creo que nunca más se va a animar a hablarte de tus padres...

9

Para que yo no me aburra, el Obrero, que está dando ya los últimos toques a nuestras dos construcciones, me ha traído un regalo.

Ha sido una hermosa sorpresa verlo salir de la furgoneta con un pequeño animal atigrado que había hecho con él, bajo la vieja frazada roja, todo el camino.

Debe tener sólo algunas semanas de vida, es diminuto pero muy enérgico.

A mí me gusta mucho jugar con mi gatito.

El problema es que no aprende a parar y sosegarse. No quiere entender cuando le digo basta. Si se me acaban las ganas de jugar y quiero ir a ver la obra al fondo del galpón, él se prende a mis tobillos y me muerde. Yo sacudo la pierna, y a veces consigo sacármelo de encima, pero él vuelve al ataque una y otra vez, incansablemente.

Cuanto más lo rechazo, él más me acosa, y llega incluso a tomar envión para saltarme a las rodillas y clavarme las uñas. Si llegamos a ese extremo, ya no me mira ni me escucha. Se encarniza conmigo, con una hostilidad mecánica e idiota que nada parece poder detener.

A veces pierdo la paciencia: lo atrapo por la cola y lo lanzo con todas mis fuerzas contra el muro del patio. Quiero acabar con él de una vez y para siempre.

Pero mi gatito vuelve siempre a la carga.

Entonces también yo empiezo de nuevo, más decidida ahora que la vez anterior, y yo también tomo impulso, como si fuera a lanzar una bala en un inmenso campo de juego —pero el patio es pequeño, la pared está cerca, y él debería reventarse el cráneo contra esa pared que está a menos de dos metros—.

Curiosamente, el pequeño gato atigrado vuelve a ponerse en pie, siempre con la misma facilidad, de un brinco apenas un poco ladeado, como movido por un resorte.

Y una vez más vuelvo a empezar, encarnizada, pero estos bichos son decididamente muy resistentes. Ahora entiendo la expresión *tener siete vidas como los gatos*, aunque mi gato parezca tener más de siete vidas. Muchas más.

Sólo una cosa es segura. No es tan fácil morir.

*

No sé quién tuvo la idea de los conejos, si nació del Ingeniero, de alguna de las personas que viven en la casa o si los responsables de la organización la concibieron para nosotros. ¿Fue César, quizás? Yo entendí al Ingeniero cuando me explicó cómo podía esconderse algo sin esconderlo. Pero ¿los conejos? ¿Por qué deberíamos recibir centenares de conejos para protegernos mejor?

Hoy, Cacho ha hablado largamente de ellos en la mesa, ya que llegarán muy pronto. Nos ha explicado cómo será todo cuando los conejos estén aquí.

Él pintó las cosas más o menos de esta manera: la cría de conejos será la actividad oficial de la casa. La cría artesanal y doméstica en todo caso, porque, con o sin conejos, Cacho conservará su trabajo en Buenos Aires. Pero gracias a esta actividad, se justificarán todas las idas y venidas, así como la construcción del criadero ha justificado hasta hoy la otra obra, la construcción del *embute*. Cuando los conejos estén aquí, los viajes incesantes de la furgoneta gris, que servirá para llevar gente, o para hacer salir de la casa los periódicos ya impresos, se explicarán como transporte de conejos o reparto de conservas.

—Ah, ¿vamos a hacer conejo en escabeche?— pregunto yo.

—Sí, vamos a cocinar. Y nosotros mismos nos los vamos a comer. Vamos a hacer como si llenáramos cajas enteras. Pero en estas cajas saldrán los ejemplares de *Evita Montonera*.

Ciertas cosas no me quedan muy claras. Cuando cebo mate en una reunión, ante César no me animo a abrir la boca, pero así, entre nosotros, sentados a la mesa, siento que puedo hacer preguntas. Es extraño, pero ya somos casi como una familia, Cacho, Diana que está cada vez más redonda, mi madre y yo.

—Y si alguien viene a comprar conejos, alguien del barrio, digo, ¿vamos a abrirle la puerta y a dejarlo pasar?

—En principio, sí... Pero no te preocupes, los argentinos sólo comen carne de vaca. No va a venir nadie...

*

Hoy, por fin, han llegado en la furgoneta.

Yo no sabría decir cuántos son. ¿Cincuenta, cien, más todavía? Han sido necesarios varios viajes para traer esta primera camada.

Han dispuesto las jaulas unas sobre otras, y se ha formado un muro hecho de barrotes, pelajes blancos y una miríada de ojos rojos entre la puerta de entrada del galpón y el falso último muro de la casa.

Los conejos ya destetados se amontonan en las jaulas de engorde; hay, en general, seis o siete en cada pequeñísimo compartimiento. Las conejas madres están un poco mejor alojadas, ya que ocupan un solo compartimiento con toda su cría.

Me gusta verlos abarrotarse alrededor de la pipeta de agua o roer sus gránulos color de arena mientras mi madre se ocupa de la pequeña rotativa *offset*, justo detrás de ese falso último muro. Porque los conejos han llegado en el momento en que la imprenta ha comenzado a funcionar regularmente.

Al fondo del galpón, los periódicos se amontonan, apilados cuidadosamente. En paquetes de diez, regularmente agrupados de a cinco, los ejemplares de *Evita Montonera* forman extrañas columnas. Por delante del falso último muro, los conejos se multiplican a una velocidad inaudita. Y cuantas más pelotas de pelo blanco hay en las jaulas, más profundamente se tiñen los

dedos de mi madre de una tinta espesa y negra. Muy pronto, aun frotando furiosamente con un cepillito de pelo duro y jabón blanco, ya será incapaz de borrarla del todo.

*

Hoy hemos hecho nuestra primera tentativa culinaria.

Diana tomó por las orejas un bonito conejo blanco con la intención de matarlo pero, eso sí, “de una”.

El conejo, que al parecer presentía lo que se le preparaba, empezó a revolverse en todas direcciones, fulminando a Diana con sus ojos escarlatas. Ella lo aplastó entonces contra la mesada de la cocina y me pidió que lo sujetara por las patas de atrás.

—Dicen que es muy fácil. Un golpecito seco acá atrás de la cabeza, y chau.

Diana agregó que creía haber leído eso en algún libro, o quizás se lo hubiera dicho alguien, no podía recordarlo. También para ella era ésa la primera vez.

Enérgicamente, tomó el martillito con que usualmente machacamos los bifés y le asestó un golpecito rápido. El martillo rebotó ligeramente sobre la espesa masa de pelo blanco que recubría lo que al parecer era la parte de atrás del cuello del conejo. Y el animal empezó a agitarse más vivamente todavía, tratando de liberarse cada vez con mayor empeño.

—Yo no sé por qué a la gente en este país no le gusta comer conejos —dice Diana, sin que la afecte en lo más mínimo el fracaso de su primera tentativa—. ¿Será por ese dicho de “vender liebre por gato”? ¿O era “gato por liebre”? En fin. Parece que, ya sobre el plato, uno no nota ninguna diferencia entre la carne de gato, de liebre o de conejo. Por lo menos acá vas a estar segura de que no te sirvieron tu gatito: lo matamos juntas...

Tan pronto dijo estas palabras, yo solté el conejo, sobrepasada por los esfuerzos que el animal hacía para zafarse; sus patas traseras consiguieron liberarse y llegó a escapársenos por unos minutos, hasta que Diana logró atraparlo de nuevo por las orejas y

aplastar otra vez sus miembros posteriores sobre el cemento de la mesada. Aterrándolo con fuerza, agregó:

—Igual, no creo que sea tan fácil que a uno lo engañen... Seguro que mucho más difícil es matar un gato. Si ahora estuviéramos tratando de matar un gato, ya nos habría saltado a la cara con todas las uñas afuera...

Avergonzada de mi distracción, que ha frustrado nuestra primera intentona, yo me limito a asentir con un movimiento de cabeza. Y me esfuerzo por estar a la altura.

—Dale, dejame de nuevo. Esta vez no voy a aflojar. Lo agarro fuerte con las dos manos.

Diana me miró.

—El problema es que sos muy chiquita. Si pudieras ponerte por encima del conejo como yo, podrías descargar sobre él todo el peso de tu cuerpo.

Mientras dice estas palabras, Diana me ha acercado un banquito que consigue desplazar sirviéndose de una de sus piernas como de un gancho. A mí me admiraba que, a pesar de su enorme vientre de embarazada, consiguiera ser tan ágil. Al mismo tiempo, seguía aferrando la cabeza y las patas delanteras del conejo, que se debatía entre convulsiones.

—Está bien. Subite.

Yo aferré mi propio pedazo de conejo mientras me encaramaba en el banquito.

—¿Lista? —me preguntó Diana—.

—Sí, así es mejor. Ya no hay ningún peligro de que se me escape.

—Bueno, muy bien. Pero así y todo... Me parece que todavía tenemos un pequeño problema de instrumental... Yo pensaba que con el martillo de las milanesas iba a ser suficiente, pero... Tené fuerte, nena. Voy a buscar la plancha de los churrascos...

Mientras yo sostenía el conejo aplastando sus patas contra la mesada, Diana acabó por darle el golpe fatal. Tras unos cuantos saltos convulsivos, el conejo por fin dejó de moverse.

Después Cacho tuvo otra idea. Un día, durante el desayuno, nos habló así:

—Si la cana nos para en la calle, corremos el riesgo de que abran las cajas, para ver nuestras conservas... y van a encontrar los periódicos.

Diana, mi madre y yo nos miramos bastante asombradas. Por cierto, el peligro era grande. Enorme, más bien. ¿Adónde quería llegar con estas evidencias matinales?

—¿Y si las envolviéramos para regalo? Grandes paquetes envueltos en papel brillante, con muchas cintas de colores. Nadie duda en abrir una caja de cartón grosero, sólo para mirar adentro. Pero es más probable que un milico vacile antes de abrir un regalo envuelto con amor, sobre todo si Diana está al volante, ¿no?

Nosotros la mirábamos y reíamos mucho. Ella también reía, divertida, moviendo la cabeza a derecha e izquierda, como representando el papel de una jovencita amable y encantadora. Con su enorme vientre de embarazada, sus ojos hermosos y sus largos rulos rubios, es fácil imaginarla franqueando todos los controles, contrabandeando un enorme paquete atado con grandes cintas en la parte de atrás de la furgoneta. Y ganarse incluso una sonrisa enternecida del policía. Luego, moviendo la cabeza en mi dirección, Cacho agregó:

—Y con los paquetes, la nena podría ayudarnos. ¿No te gustaría hacer lindos paquetes para regalo, llenos de ejemplares de *Evita Montonera*?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Qué divertido! Y hasta voy a armar las cintas y hacer moñitos como en los negocios, ¿dale?

—¡Muy bien! Ya vas a ver qué lindos paquetes hacemos, pibita. Un poco como eso que te explicó el Ingeniero del *embute* y que te parecía tan raro ¿te acordás? En vez de esconder nuestros periódicos... los repartiremos con moñito... En caso de operativo policial, estoy seguro, no se van a dar cuenta de nada.

Al cabo de una reunión en casa, durante la cual se ha tocado el tema, queda decidido que yo vuelva a la escuela, sólo que a un colegio privado, el San Cayetano, donde la policía, al parecer, raramente controla la identidad de los alumnos. Todos piensan que nuestros documentos falsos, que por fin acaban de hacernos llegar, pueden pasar allí más desapercibidos.

Son monjas quienes dan las clases, y a niñas, exclusivamente.

Todas esas niñas juntas, dan una tristeza verdaderamente inaudita.

Lo peor son los recreos. La ausencia de varones pesa, horriblemente. Es como un siniestro cielo de plomo que nos condena al tedio y a los juegos más insípidos, los de final más resabido.

Todas las niñas se comportan espantosamente bien. Por separado, quizá cada una tenga un poco de vida. Pero cuando nos encontramos en el patio de San Cayetano, pareciera que nuestras energías individuales se anularan. Durante el recreo, deambulamos en grupos, a cuál más taciturno y silencioso. Somos bastante numerosas, pero en el patio reina un silencio sobrecogedor.

Las hermanas se desplazan igualmente en silencio, en grupos de dos o tres, y no nos miran jamás —somos tan buenas— o, si lo hacen, parecen vernos a través de unos ojos sin brillo, como apagados. Como si sus miradas resbalaran sobre nosotras.

Una campana toca en algún lado, y nosotras volvemos a agruparnos por grados, de a dos, formando filas muy disciplinadas de delantales blancos frente a la puerta de cada aula, delante de la religiosa que nos ha tocado como maestra.

No sé de qué color es el pelo de Rosa —la maestra de nuestra división— porque lleva, sobre la cabeza, una larga toca negra bordeada de blanco, y viste un largo hábito gris, como, por lo demás, todas las otras —aunque por sus ojos claros la imagino rubia—. La hermana Rosa jamás nos mira.

Una vez dentro del aula, cada niña se ubica junto al pupitre que le fuera asignado. Nos quedamos de pie, bien erguidas, los brazos al costado del cuerpo, hasta que la hermana Rosa sube a la tarima y hace lo mismo que nosotras: se queda inmóvil, un momento muy largo, junto a su escritorio. ¿Qué esperará? No que se haga silencio, sin duda. Porque todo es silencio. De pronto junta sus manos, cierra los ojos y baja apenas la cabeza como para excusarse de quebrarlo: “Padre nuestro que estás en los cielos...”. Todas las niñas la imitan, esforzándose por pronunciar cada sílaba de la oración en un perfecto unísono, sin que por ello nuestras voces impidan oír la de ella. Por lo demás, Rosa no reza en voz muy alta, y así, nos vemos obligadas a emitir poco más que un murmullo. Por fin, de nuevo el silencio. Permanecemos todas con la cabeza gacha y las manos juntas porque sabemos que no todo ha terminado. Tras algunos instantes, Rosa empieza a enhebrar con un hilo de voz, ese collar de voces lentas y monocordes... “Dios te salve María”..., y nosotras continuamos, manteniéndonos en el registro de lo casi imperceptible.

Nuevamente, el silencio reina.

Obedeciendo a un ademán apenas esbozado, tomamos asiento después de alzar ligeramente nuestras sillas, para que el leve movimiento no perturbe los oídos de nadie. Veinticinco sillas desplazadas sin ruido. En San Cayetano, todo debe desarrollarse así. Si alguien estuviera asistiendo a esta escena con los ojos cerrados, habría creído, sin duda, que nada ocurre en el pequeño salón de clases.

Ahora la hermana Rosa hace un nuevo movimiento con la mano, un ademán que es la réplica perfecta del anterior: después de haber movido la palma de la mano derecha hacia la ventana que da a la calle la mueve en sentido inverso, como si quisiera borrar su primer movimiento. Nosotras nos sentamos todas a un tiempo, igualmente dóciles, igualmente mudas.

Siempre de pie sobre la tarima, Rosa se ubica detrás de su escritorio y, posando las manos en la tapa, empieza a declamar no sé bien qué, algo que no cesa, mirando siempre adelante con sus ojos vacíos.

Me pregunto si la toca, al apretarle el pelo, le dará escozor.

Después hay que salir al recreo, un recreo más largo aún que el precedente. Interminable.

*

Por el camino de vuelta, me detengo al borde de una u otra zanja de aguas servidas. Tengo un pequeño frasquito para encerrar renacuajos.

Por fin vuelvo rápido a tomar la merienda.

Hoy es el día en que se limpian las armas. Yo trato de encontrar un pequeño sitio limpio en la mesa atestada de hisopos y cepillos empapados en aceite. No quiero ensuciar mi rodaja de pan untada con dulce de leche.

Ayer fui a ver a mi padre en la cárcel, por segunda vez.

Así fue como ocurrió: muy temprano por la mañana, salimos, mi madre y yo, de la casa de los conejos a tomar uno de los colectivos que llevan al centro de la ciudad. Cerca de una plaza adonde de pronto creo haber venido ayer, y nunca antes, nos bajamos. En un banco un poco apartado, lejos del lugar de juegos que ocupa el centro de la plaza, ya esperaban mi abuela y mi abuelo paternos. Ellos apenas si cambiaron algunas palabras con mi madre, sólo para confirmar la hora y el lugar de otra cita, el mismo día, al anochecer. Después mi madre se fue, dejándome con ellos, no sin antes entregarles mi cédula de identidad, aquella en que figura mi nombre verdadero, el que llevaba antes de mis flamantes documentos falsos.

Subimos al auto de mi abuelo. Debíamos esperar al momento en que no nos viera nadie en la plaza o en las calles circundantes; y como a esta hora de la mañana es poquísima la gente que está fuera de sus casas, casi en seguida mi abuelo se volvió hacia mí y empujándome muy suavemente por la cabeza me dijo.

—Agachate y tapate con una frazada que hay ahí, abajo del asiento.

No había necesidad de decir más: yo sabía lo que tenía que hacer.

Entonces mi abuela empezó a hablarme a mí, que estaba a sus espaldas. Bajo la frazada, el sonido de su voz se oía apenas comprensible, como con sordina, porque no sólo ella hablaba en otra dirección, sino que yo, el vientre contra el piso, apretaba con todas mis fuerzas la cabeza entre los brazos. Así y todo, llegaba a distinguir algunos sonidos.

—Tula... contenta...

Yo no pedía explicaciones. Sin saber ni dónde estábamos ni adónde nos dirigíamos, seguí en esa posición, esforzándome por permanecer tan inmóvil y silenciosa como, seguramente, irían el Obrero y el Ingeniero, escondidos bajo otra manta vieja, en la furgoneta de Diana.

Después de un largo rato, escuché detenerse el motor, y mi abuela me destapó.

—Ya está. Llegamos.

Me haría falta un cierto tiempo para reconocer el lugar completamente inundado de sombra. Permanecí en el asiento trasero, toda entumecida, esperando que vinieran a buscarme.

Mi abuela es la primera en bajar del auto y la que me abre la puerta. Entonces reconocí el garaje de su casa.

—¿Viste? Te estaba esperando.

Y era Tula, la perra que me habían regalado cuatro o cinco años atrás y que había quedado con ellos, porque ya entonces, para nosotros, todo era bastante complicado. Daba vueltas y vueltas alrededor de mí, moviendo la cola. Contenta, sí. Rarísimo, sí, pero me había reconocido. Como si yo fuera la misma de siempre.

*

En casa de mis abuelos, el comedor es muy pequeño. La mesa está pegada a la pared, bajo una ventana que da al patio.

Comemos en silencio matambre y ensalada. No me animo a hablar, y ellos tampoco.

No me hacen una sola pregunta, ni sobre el lugar en que vivo ni sobre la escuela nueva.

Yo me siento extrañamente aliviada.

Y esta alegría de Tula, este entusiasmo. Tan inesperados, tan reconfortantes.

Me acuesto de espaldas esta vez, los brazos en cruz, y la perrita se me acerca. Yo cierro los ojos moviendo la cabeza a

izquierda y a derecha mientras Tula me enchastra la cara a lengüetazos.

*

Hemos vuelto a salir, y yo me escondo bajo la frazada, menos tensa esta vez. Pasados algunos minutos, mi abuela me toca la cabeza y me dice:

—Salí nomás, querida. Ya estamos llegando a la cárcel.

Yo obedezco, pero estoy muy inquieta.

—Pero los policías... me van a ver...

—Estábamos preocupados por los vecinos, nada más... Después hacen preguntas, vos sabés... A la policía, en cambio... Si alguno nos pregunta cómo llegaste a casa, le decimos simplemente que alguien te dejó en la puerta de casa. Si te pregunta algo a vos, vos le decís lo mismo: que estabas en un lugar que no sabes cómo es ni dónde queda, con gente que no sabes cómo se llama, y que te dejaron en nuestra puerta, nada más. Pero sería mejor, claro, que nadie preguntara nada.

Como sea, comprendo que en el caso de que alguien, en la cárcel, me haga preguntas, no podré volver a la casa de los conejos. Me parece que tengo miedo. No sé. En fin, es una más de las tantas cosas de las que no estoy segura.

*

Lo que siguió yo ya lo conocía: primero, los hombres y las mujeres que debemos ponernos en fila, por separado, para la requisa. Después la misma pequeña pieza con una señora de trajecito estricto y el rodete de siempre, muy apretado, allá en la cima del cráneo —¿pero es la misma de la última vez?— que nos revisa largamente, empezando por mi abuela. Que tiene siempre los mismos senos flácidos y enormes —pero ya estoy prevenida—. La

señora nos obliga a quedarnos quietísimas y nos moldea a cada una a su turno, volviendo tres veces a los senos de mi abuela. Es verdad que se parecen más a bolsas que a pechos de mujer y que a uno le cuesta creer que semejante masa sea sólo de carne.

Por fin la señora del rodete dijo:

—Está bien. Pueden vestirse.

Otra señora nos acompaña hasta un salón donde ya espera mi abuelo, al lado de otro hombre: esta vez iremos entrando por familias. Pasamos una primera reja, que un policía barrigón nos abre sobre un largo corredor sin ventanas.

Al final de aquel pasillo, otra reja y otro policía barrigón, muy semejante al primero, con pelo negro y engominado y bigotes igualmente negros que la grasa vuelve lustrosos. Él nos palpa una vez más, ahora rápidamente, sin obligarnos a desvestirnos, a la vista de todos. Me pregunto para qué, entonces, sirvió el largo plantón frente a la señora del rodete.

Ante nosotros se alza un enorme portón de hierro gris, apenas horadado, allá arriba, por una mirilla minúscula recruzada de pequeñísimos barrotes. Detrás de los enormes caños de sus armas de fuego, armas mucho más grandes que las de aquellos policías barrigones, dos militares flanquean la inmensa puerta. Esos caños parecen bien aceitados: estoy justo enfrente del agujero negro y veo cómo brillan. Todos permanecen inmóviles mientras otro policía abre la puerta para dejarnos pasar.

En la sala hay dos bancos enfrentados, y otros cuatro militares armados, uno en cada rincón, idénticos a los que había a cada lado de la puerta. Hay otra puerta idéntica a ésta por la cual hemos entrado, justo en el extremo opuesto.

Otras personas con aire de haber llegado poco antes que nosotros están ya instaladas en los bancos: un hombre y una mujer y, a una cierta distancia pero sobre el mismo banco, una jovencita con un bebé sonrosado entre los brazos. El policía barrigón que ha entrado con nosotros a la sala, nos indica por señas que nos sentemos en uno de los extremos del banco, también a un metro o poco más de la mujer con el bebé.

Nosotros aguardamos, impacientes, un tintinear de llaves o de un ruido de pasos. Varias veces escuchamos aproximarse gente, pero no se detienen nunca.

Finalmente, por la otra puerta, no por aquella que nosotros entramos, los vemos llegar. Son tres, mi padre y dos hombres mucho mayores. A uno le faltan dos dientes de adelante, más precisamente en el maxilar superior; su ausencia es otro agujero imposible de ignorar. Los tres llevan uniformes azules idénticos al que había visto usar a mi padre en la primera visita.

Tan pronto entra, mi padre esboza una sonrisa incómoda. Haberme visto lo perturba, estoy segura, se sorprende y se inquieta, probablemente. Se sienta ante nosotros, en el banco de enfrente que le señala un nuevo policía barrigón —cada preso tiene el suyo que lo acompaña y va indicándole, del mismo modo, los lugares que le han sido asignados—.

Mi abuela se dirige al que nos trajo:

—¿La nena puede abrazar al padre?

El policía mira a derecha, a izquierda, sin saber, evidentemente, qué debería contestar. Los militares, en las cuatro esquinas de la celda, siguen imperturbables, con los caños de sus armas apuntando hacia el centro. Manifiestamente turbado y perplejo, el policía se encoge de hombros, signo que mi abuela se apresura a interpretar como un permiso.

—El señor dice que sí —me dice— vamos, andá.

Yo doy algunos pasos en dirección a mi padre, sin despegar los ojos del caño más próximo, el del hombre que está justo frente a mí. Veo bien que ese agujero negro queda justo a la altura de mi sien. Yo alzo la vista para mirar al hombre, pero él permanece inmóvil, con el arma apuntando siempre hacia delante, sin mostrar reacción alguna a la invitación de mi abuela, y a mi lento acercamiento.

—Pero andá, dale —dice mi abuela—. No tengas miedo, el señor no tiene inconveniente. ¿No es cierto, señor?

El policía bigotudo y barrigón sigue teniendo el aire de buscar una mirada, una respuesta, un poco más nervioso, me parece, de lo que ha estado hasta ahora. Inútil. Los militares, sosteniendo sus armas de grueso calibre, siguen como de piedra.

Algunos pasos más y ahí estoy, presa de una descompostura y de un escalofrío que trato de contener.

Es la náusea, tan sorpresiva como poderosa. Mi estómago se convulsiona violentamente, pero consigo sin embargo dar unos pasos más hasta aferrarme a una de las mangas azules del uniforme de mi padre. Llegada junto a él, le vomito en la oreja.

*

Después, el regreso.

Me escondo de nuevo bajo la manta, no para impedirme ver adónde vamos, como el Obrero y el Ingeniero, sino porque mi abuela quiere a toda costa protegerme de los vecinos y sus preguntas, y protegerse a sí misma.

Yo juego otra vez con la perra, que me embadurna la cara a lengüetazos. Y nos vamos de la casa de mis abuelos cuando ya ha caído la noche, a reencontrar a mi madre, en algún lugar de La Plata.

El encuentro entre mi madre y mis abuelos es brevísimo: todo el mundo tuvo mucho miedo. Vista la situación, mejor será que no vuelva a ver a mi padre en la cárcel.

Es muy peligroso. Sí. Demasiado.

Nunca hubiera imaginado que una tristeza así condenara a los patios de las escuelas sin varones. En San Cayetano no se escucha jamás ni un grito, ni una rencilla. Las niñas deambulan en estado de torpor, soñolientas, dejándose llevar por el conglomerado amorfo, por la siniestra masa de guardapolvos blancos que las rodea.

Sin embargo, hoy, poco antes de terminar el recreo, ha sucedido algo, un hecho que ha perturbado estos flujos colectivos.

Dos niñas, como arrebatadas de su nebulosa, desprendiéndose al fin del movimiento del grupo, quedaron aisladas en una esquina del patio. La menor se arrodilló ante la otra, una nena de largo pelo rubio, y entre nueve y diez años.

Entonces la mayor sacó de uno de sus bolsillos un pañuelo de liencillo y se cubrió la cabeza, mirando fijo al frente, como ignorando a la otra que, por su parte, juntó las manos, igual que la hermana Rosa, cada día, cuando empieza a rezar.

Una monja cruzó corriendo el patio y fue hacia ellas:

—Pero ¿qué están haciendo? ¿Qué disparate es éste, por Dios Santo?

—Estamos jugando a la Virgen María —respondió la pequeña, aún arrodillada—. Leonor es la Virgen María y yo me arrodillo ante la Virgen María.

Parecía muy orgullosa de sus explicaciones. Pero la monja arrancó con rabia el pañuelo blanco que la mayor tenía sobre la cabeza y puso en pie brutalmente a la otra niña, zamarreándola por un brazo. La pequeña gritaba:

—¡Pero es la Virgen María!

La hermana descargó el peso de su mano sobre la cara de la niña y el chasquido del bofetón resonó fuerte en el patio, siempre tan silencioso.

—¡Esto es gravísimo! ¡Gravísimo! Nadie tiene derecho a jugar a la Virgen María. Nadie ¿entienden? Nadie.

La directora, una monja vieja y muy arrugada, apareció en el patio como por milagro, flanqueada por otra hermana. Formaron un círculo y discutieron entre ellas, muy agitadamente.

Por fin, la directora tomó el pañuelo de Leonor y lo deslizó en su bolsillo. La prueba de un delito.

La Plata, 24 de marzo de 1976.

—Bueno. Listo. Ya está. Cayó.

Fue Diana quien me lo dijo no bien me levanté. En verdad, hacía tiempo que lo esperábamos.

Desde algunos días atrás, la prensa venía anunciándolo. “*Es inminente el final. Está todo dicho*”, había llegado a titular un periódico.

Creo que las personas con las que vivo se han dicho estas mismas palabras, aunque, por supuesto, no con el mismo sentido. En mi caso, yo estaba ansiosa por saber cuál de los candidatos a dictador que habíamos barajado había ganado la partida.

—En realidad, los tres. Videla, Massera y Agosti. Cada uno representa una fuerza: ejército, marina y fuerza aérea. Y se han repartido las cosas.

Ya se sabía que Isabel Perón había perdido el control del gobierno, que los militares manejaban los hilos, que eran ellos los culpables de los asesinatos y las desapariciones. Que Isabel no era más que un fante ridículo.

El Brujo López Rega se había dado a la fuga ya mucho tiempo atrás. Sin su auxilio Isabel parecía más que sobrepasada. Se decía incluso que el Brujo, antes de partir, le había quitado incluso la cordura que quedaba en sus pocas neuronas. Un verdadero parásito para Isabel, sí, que si una vez había querido parecerse a Evita, había debido conformarse con ser su caricatura. Una imitadora patética y fracasada. Todo esto decía Diana, y los demás parecían de acuerdo: Perón, a su muerte, había dejado el país en manos de una patética e insignificante señora, manipulada por

asesinos. Y por eso los Montoneros habían tenido razón al tomar las armas antes del golpe de Estado. Por lo menos, ahora era todo más claro.

La lamentable actuación de Isabel acababa de concluir, al fin, en esa noche del 23 al 24 de marzo de 1976, cuando el helicóptero que debía conducirla a la Residencia Presidencial de Olivos la había depositado en cambio en la prisión: el piloto, por supuesto, era un cómplice de los golpistas. Hasta el último momento, la *Presidenta* había hecho el ridículo y era objeto de burlas.

—¿Viste? Era una mascarada. Por eso para ella terminó así de simple, sin que los militares tuvieran necesidad de pegar un solo tiro. Ella hacía mucho que ya no ejercía el poder.

Con esta nueva Junta, las tres armas no hacían más que tomar oficialmente las riendas. Lejos de ser una sorpresa, este golpe de Estado del 24 de marzo implicaba, más bien, un blanqueo de la situación: todo esto, dijo Diana, aparecería en el periódico.

—Claro que con nosotros no va a ser tan sencillo —agregó, las manos sobre el vientre—.

—Mirá. ¿Ves? —me señaló después, en las fotografías—. El más poderoso, el más peligroso, es el del medio, el de los bigotazos negros, Videla. Por supuesto los otros dos no son ningunos ángeles, tampoco.

El proyecto del “Proceso” era “poner al país de pie”. “Frente al terrible vacío de poder”, Videla, Massera y Agosti se habían sentido en “la obligación, fruto de serenas meditaciones” de “arrancar de raíz los vicios que afectan el país”. Y así lo han declarado. “Con la ayuda de Dios”, esperan llegar a la “Reconstrucción Nacional”. Y han agregado, incluso: “Esta obra será conducida con una firmeza absoluta, y con vocación de servicio”.

No se esperaba menos.

El Ingeniero ha venido a ver si todo marcha bien.

Sentado junto a mí, hace girar las perillas del control remoto que pone en funcionamiento el mecanismo del *embute*. Como sus manos están sucias de un aceite espeso y negruzco, para ponerse en pie, empuja hacia atrás la silla con un golpe de nalgas. Sin quererlo, hace caer al suelo el *blazer* que yo había dejado, al volver de la escuela, sobre el respaldo de la silla.

De pronto, lo veo palidecer.

—¿Qué es eso escrito ahí, adentro del saco?

Yo lo recojo. No había reparado siquiera en que hubiese algo escrito en su interior, en efecto, entre el forro y la etiqueta con el nombre de la sastrería. Yo leo la inscripción y, a mi vez, palidezco.

—Es el nombre de mi tío. Mi abuela me regaló este *blazer*. A mi tío le quedaba chico y...

Él empieza a gritar, absolutamente furioso.

—¡Pero puta madre, esta pendeja nos va a hacer cagar a todos! Los compañeros se juegan haciendo documentos falsos y la señorita va a la escuela con un saco en el que cualquiera puede leer escrito con marcador negro el nombre de su tío. ¡El nombre *verdadero* de su tío...! ¡Pero ustedes hacen cualquier cosa!

—Cálmate, che —dice Diana—. La nena sabe muy bien todo lo que pasa, y presta mucha atención...

El Ingeniero, cada vez más furioso, grita escupiendo por encima de mi cabeza.

—Pero ¿qué decís? ¿Que ella sabe lo que pasa? ¿Me estás cargando vos a mí? ¡Si supiera lo que pasa, si comprendiera aunque más no fuera un poquitito de todo lo que está pasando en este país, no se hubiera mandado una cagada semejante! ¡Pero qué

quilombo es éste, por Dios...! Y en todo caso, si ella es incapaz, podrían ocuparse ustedes de sus cosas...

Después, volviéndose hacia mí:

—¿Y a ver, qué hubieras dicho vos si una monja te hubiera preguntado por qué tenés escrito en tu saco un nombre que no es tu nombre? ¿Eh? ¿Qué hubieras dicho?

Yo no consigo hablar. Miro al Ingeniero, espantada. Quisiera dejar de mirarlo así, pero no consigo siquiera volver la cabeza. Estoy como clavada por sus dos ojos. Quisiera que él se calme, pero comprendo que lo que he hecho es gravísimo. Decididamente, no estoy a la altura.

—¿Qué explicación se te habría ocurrido, a ver? Dale, decí. ¿Qué les habrías dicho a las monjitas del San Cayetano?

Desde el otro lado de la habitación, Diana me mira, puedo sentirlo. Uno y otra esperan algo. Sé que es imprescindible que yo dé la única respuesta conveniente, que les demuestre que he comprendido, que en caso de tener algún problema puedo arreglarme sola. El Ingeniero ya habla a los alaridos.

—¿Qué hubieras hecho? ¡Contestá, mierda!

Existe una buena respuesta para esta pregunta, estoy convencida. Como todos los problemas, éste también tiene una solución. Pero ya no consigo siquiera pensar. Siento mi cabeza como una enorme bola vacía. Ya no sé, en verdad, más nada.

Después de un largo silencio, me escucho murmurar.

—Y... no sé... no sé... no sé nada yo...

El Ingeniero, con las manos todavía alzadas y apartadas de él, de modo de no seguir ensuciándose de aceite, da un violento puntapié a la silla, que cae y queda patas arriba. Después abre la puerta de la cocina de otro puntapié, evitando que sus huellas queden en el picaporte de la puerta.

—¡Pero paremos, carajo! ¡Ya es hora! ¡Esto es la guerra, mierda, la guerra!

Sí. Y decididamente, yo no estoy a la altura.

Esa misma noche se toma la decisión. No volveré al colegio San Cayetano.

Esta mañana, a pocas cuadras de nuestra casa, todo un barrio ha quedado cercado. Lo hacen para que la policía pueda entrar en las casas del perímetro elegido y revisarlas de arriba abajo, una después de la otra. Y lo hacen a menudo. La duración de estos operativos es perfectamente imprevisible. Nunca se sabe, tampoco, si permanecerán en el barrio elegido o si de pronto seguirán con el de al lado. A no ser que sigan con otro barrio más cercano al centro de la ciudad.

Por ahora hemos tenido suerte, o eso parece, porque no estamos dentro del sector concernido. De hecho, es en otro sector comprendido entre nosotros y el centro el que la policía está poniendo todo patas arriba. Pero nadie puede asegurar que no vendrán muy pronto a la casa de los conejos.

César llega a prevenirnos y parte de inmediato, por precaución. El foco parece estar, sí, un poco lejos pero nunca se sabe, así que será mejor que nos quedemos solas, y el menor número posible de compañeros corra peligro. Cacho partió ya muy temprano en la mañana, como todos los días, a Buenos Aires. El Obrero hoy no ha venido. En cuanto al Ingeniero, hace rato no aparece por aquí.

En casa no quedamos más que Diana, embarazada de siete meses, mi madre detrás del falso último muro, y yo.

Y me olvidaba de los conejos. De los rollos de papel para regalo y los carretes de cinta. De la imprenta clandestina y los cientos de ejemplares del periódico... Me olvidaba, también, de las armas para defendernos.

Y del gato neurótico. Tenemos mucho miedo.

Después de reflexionar un momento, Diana decide que el mejor modo de prepararnos es ocultar tantas cosas como nos sea posible, y olvidarnos de las armas. No nos queda otra elección, en realidad.

Recogemos en pocos minutos todo aquello que nos parece comprometedor, y lo arrumbamos, sin orden, en el *embute*. Mujeres, conejos blancos y un escondite bien disimulado por su evidencia excesiva. Quizá sea éste el momento de poner a prueba el invento del Ingeniero. De verdad.

Para que no nos tomen tan desprevenidas, Diana me pide que vaya a buscar el pan y mire si hay movimientos raros, coches de policía u otros automóviles que no sean los de los vecinos, y con varias personas dentro.

—Si ves varios tipos adentro un auto, aunque no tengan uniforme, volvés y nos avisás. Si no tienen uniforme y son de ellos —concluye para sí— estamos en problemas.

Afuera, no veo nada sospechoso.

En la vereda de enfrente, una niña salta a la soga. Un perro amarillo cruza la calle.

Empiezo a caminar. Voy a comprar el pan.

En la panadería, una señora anciana señala una bandeja de pequeñas tortas, tan negras por encima que parecen quemadas, como si alguien las hubiera olvidado en el horno. Pero no están quemadas. Es sólo azúcar negra lo que da ese aspecto y ese color a la masa blanquísima. La viejita pide a la vendedora, con labios temblorosos, de los que cae baba, una docena de *tortitas negras*.

Entonces me llega el turno y pido pan, un pan del que no tenemos necesidad alguna. Como estaba previsto.

A mi regreso, la niña ya no está.

Ahora no se ve más que una señora gorda de vestido floreado barriendo justo frente a su puerta. No escucho nada inhabitual. No percibo signo alguno que deba ponerme en guardia.

Pero no quiero volver tan pronto a casa.

No quiero.

Entonces se me ocurre ir al terreno baldío de la vereda de enfrente, a pocos metros de la casa, a recoger un hato de yuyo y flores silvestres para nuestros conejos.

A uno de los lados del terreno baldío, hay un resto de muro que está todavía en pie, lleno de agujeros por donde asoman, cada tanto, matas de hierba. Por el suelo, varias pilas de escombros, y en torno a ellas, pastos altos. En una esquina, reconozco las plantas de hinojo silvestre que Diana me enseñó a reconocer un día. Trato de arrancar algunos tallos, pero tiro tan fuerte que de pronto me encuentro con una planta entera en la mano, arrancada del suelo con raíces y todo. Busco las florcitas azules con las que Diana y yo hicimos un ramo tan bonito esa última vez. Inútil.

Ya no hay más flores azules.

Entonces vuelvo a casa.

—No vi nada —le digo.

Salvo cuando Diana me pide que haga compras por el barrio, ya casi no salgo de casa.

Sobre la pequeña mesa de la cocina, pasamos largas horas empaquetando centenas de ejemplares de *Evita Montonera* en un papel nuevo, rojo y dorado que Cacho nos ha traído de Buenos Aires. Diana se ocupa de cortar el papel, mientras yo me demoro en la tarea de rizar, estirándolas con una tijera, las cintitas de color. Me parece tanto más divertido que cortar papel. Intento armar con las cintas algo así como grandes flores, pero Diana refrena esos excesos ornamentales.

—Queda lindo, pero no hace falta tanto. ¡Ya vamos por el tercer carretel de cinta roja! Y mirá la pila de diarios que nos falta empaquetar. Dejá un poco con las cintas, y ponete mejor a pegar las tarjetas ésas con las dedicatorias, si es que lo que te da pereza es cortar el papel.

Mi madre, por su lado, ya ni asoma la nariz a la vereda. Salvo a la hora de comer, ni yo misma me la cruzo por la casa. Desde el golpe de Estado, la rotativa *offset*, escondida detrás de las jaulas de los conejos, imprime el mayor número de periódicos posible, y ella ya no tiene ni un momento de descanso. Por eso paso la mayor parte del tiempo trabajando con Diana, hablando y hablando con ella sobre la guerra, y sobre el hijo que está en camino.

*

Cuando llamaron a la puerta, Diana también tuvo miedo. No esperábamos a nadie: Cacho volvía mucho más tarde de Buenos Aires y César, aquel día, no debía venir a casa.

De un salto me acerqué a ella y empecé a seguirla a un paso de distancia, incapaz de quedarme sola en la cocina. Había visto muy bien qué pálida se había puesto de pronto. Yo sabía que los militares podían llegar en cualquier momento, que las armas estaban en el *embute* precisamente por eso.

Diana descorrió apenas la cortina de la ventana de su cuarto, ansiosa por descubrir quién podía ser.

—Me parece que es para vos, me dijo, apenas aliviada.

Entonces se encaminó a la puerta.

Por un momento, mi miedo fue más grande todavía. Me agarré de su vestido con las dos manos, escondiéndome entre sus piernas, caminando a su mismo ritmo. No sé si lo hice para estar más cerca de ella. ¿Hubiera querido quizá que me aferrara entre sus brazos? ¿O más aún, hubiera querido sobre todo acoplarme a su movimiento, fundirme en él al punto de desaparecer? Por fin me dije que si era sólo para mí, no debía de ser aquello que temíamos. No todavía. No, no podían ser ellos.

—Se me ocurrió que la nena tendría ganas de venir un rato a casa. ¿Está?

Dando un paso al costado, salí de mi escondite. Había reconocido, sí, la voz de la vecina. Tan fresca como siempre. Siempre tan rubia.

—¿Y? ¿Tenés ganas de venir conmigo un ratito?

Yo todavía era incapaz de decir palabra. Felizmente, Diana habló por mí.

—Claro que le gustaría. Eh, dale, ¿no es cierto que sí?

Muda todavía, yo asiento con un movimiento de cabeza. ¿Si tenía ganas? Oh, sí, ¡por Dios! No podía imaginar ella hasta qué punto.

*

Después los momentos de calma se volvieron más raros. El miedo estaba en todas partes. Sobre todo en esta casa.

Yo ya no conseguía creer que los conejos blancos pudieran protegernos. ¡Qué pésimo chiste! Tan malo como eso de envolver periódicos para regalo.

Cada semana, César nos traía noticias que no siempre aparecían en los diarios. Centenares de militantes Montoneros eran asesinados día a día; grupos enteros desaparecían. Porque si a veces los asesinaban en la calle, lo más frecuente era que desaparecieran. Así, de golpe.

Cuando Diana me propuso subir con ella a la furgoneta gris para acudir a una cita y entregar algunos periódicos, sentí una gran alegría y, sobre todo, un inmenso alivio. Una trampa; eso era esta casa. Cuando pienso en mi madre, emparedada detrás de los conejos, haciendo girar las rotativas... Pero aquel día, felizmente, Diana y yo salimos un poco.

Después de colocar en el asiento trasero un hermoso paquete de regalo, lleno de cintas rojas en torno de una etiqueta que proclamaba un inmenso *¡Felicidades!*, Diana puso en marcha la furgoneta gris y partimos en dirección al centro.

Como la mayor parte de las citas, esta tiene lugar en una de tantas plazas, donde los encuentros pueden pasar más desapercibidos. Ya estaba esperándonos una mujer igualmente acompañada de una nena, más o menos de la misma edad que yo. Nunca la había visto antes, pero le sonreí y ella respondió a mi sonrisa. Estaba probablemente en una situación semejante a la mía. Pero en todo caso, sólo su mirada me bastó para comprender que ella vivía también en el miedo. Y el miedo sería el mismo después, yo lo sabía, y por todo el tiempo que aquello durara, pero cómo me confortó ver a aquella otra niña. Fue como si aquel día, entre las dos, durante un tramo del camino, hubiéramos cargado juntas con el peso del miedo. Por supuesto, nos pareció entonces un poco menos pesado.

Después de darle el regalo a la señora aquella, volvimos a subir a la furgoneta.

—¿Viste esa mujer? La torturaron, pero no cantó. Le hicieron cosas horribles, sabés, cosas que no son para contarle a una nena

como vos. Pero no abrió la boca. Aguantó todo sin decir una palabra.

Yo no insistí en saber en qué consistían esas “cosas”. Yo también sé callarme, sí.

Y no hice más que imaginar.

E imaginé cosas que causan mucho dolor, mucho daño, con clavos oxidados o un montón de cuchillitos ahí adentro, bien profundo. Y a ella, que no había dicho nada. Entonces pensé, sin decirlo, que aquello era ser una mujer fuerte. Sí, eso era.

¿Cuánto tiempo hace que no voy a la escuela? Tres, cuatro meses quizá. Por mi culpa se me ha vuelto imposible volver a ver a las monjitas. Nadie toca el tema siquiera.

Yo estoy obsesionada por el miedo de volverme idiota, como la Presidenta, que al final ya no comprendía nada verdaderamente. A ella habían terminado por vaciarle el cerebro. Fue sobre todo el Brujo, que le arrebató las últimas neuronas a fuerza de organizarle ritos mágicos que, se suponía, aumentarían su carisma: con él tomaría el lugar de Evita en el corazón del los argentinos.

No hay ningún chupasangre cerca de mí, pero sé bien que debería estar aprendiendo cosas nuevas, y que todos estos días sin escuela me alejan más y más profundamente del resto de los niños y de lo que pasa allá afuera. Ya no recuerdo nada de las lecciones de la Hermana Rosa en el San Cayetano. Pero tengo la impresión de que la extraño. Incluso a aquel patio silencioso y a esas nenas tan buenas, los extraño también.

Así, a la tarde, una vez hechos nuestros paquetes, saco de tanto en tanto el cuadernito que me hacían llevar las monjas, y donde había llegado a copiar algunas de sus enseñanzas. Trato de reaprender las lecciones y de seguir, por las mías; pero no sé bien cómo.

A veces, Diana hace el papel de maestra para mí. Poco antes de empezar a preparar la cena, y de tender el mantel, platos y cubiertos, inventa algunos ejercicios que yo debo resolver sobre la mesa de la cocina. Casi siempre, son problemas matemáticos.

Es lo que más me gusta, que invente para mí problemas que forman pequeñas secuencias de historias, como ésa en que los habitantes de un pueblo debían repartirse el contenido de un saco

de harina de 250 kilos, lo que debían hacer con sentido de justicia: 5 kilos por adulto y 2,5 kilos por niño. Al mismo tiempo, debían guardar un poco de harina para la escuela. 30 o 40 kilos, ya no recuerdo; y entonces era necesario calcular cuántos niños y cuántos adultos vivían en el pueblo, basándose en el dato de que había 1,5 veces más de niños que de adultos.

Para terminar, Diana me pedía que le ilustrara el problema usando muchos lápices de colores.

*

Un día, le dije a Diana que yo también quería inventar una ejercitación, como ella lo hacía con sus problemas matemáticos, y le pregunté si le parecía una buena idea inventar palabras cruzadas.

—¿Crucigramas? Sí, claro, debe ser muy instructivo practicar de esa manera. Dale, inventá uno y después yo te corrijo.

Yo quería también darle una sorpresa imaginando palabras que, al entrecruzarse, hablaran un poco de lo que nos sucedía.

Era realmente muy extraño hacerlo en el mismo cuaderno que me habían comprado para ir al San Cayetano, donde debía ocultar y callar todo; pero yo sabía que ya no tenía la menor importancia, que de todas maneras nunca volvería allí; estaba segura incluso de que ese cuaderno no saldría jamás de aquella casa. Estas son las palabras cruzadas que imaginé:

HORIZONTALES:

Del verbo “ir”.

Imitadora fracasada y odiada.

Del verbo “dar”.

Patria o...

VERTICALES:

Asesino.



Casualidad.

Literatura, música.

Así, yo me encontré de pronto ante una grilla embrionaria y bastante imperfecta, llena de blancos —o de cuadritos negros—. En todo caso, no sabía muy bien cómo seguir. Llegada a ese punto, me di por vencida.

Viendo que yo había dejado de escribir, Diana se me acercó y miró por sobre mi hombro. En un primer momento sonrió. Me puse muy contenta; aun cuando me costara mucho continuar, no le había errado completamente al blanco. Después, ejerció su papel de maestra.

—Acá hay una falta de ortografía ¿ves? *Asar*, escrito así, es un verbo en infinitivo. Podrías sugerir: “cocinar a las brasas”; como la palabra “asado”, se escribe con ese. La palabra en que vos pensaste es un sustantivo común que significa “ocasión”, “hecho imprevisible”. Pero se escribe con zeta.

De manera que mi crucigrama, que ya me parecía bastante pobre, tenía además una falta de ortografía.

Azar, la segunda palabra vertical era, al mismo tiempo, la más adecuada ya que se había formado sola, por azar. Yo había elegido las otras para hacer reír a Diana, sobre todo la cuarta palabra, la que repetía la consigna que servía siempre de colofón a los artículos más importantes del periódico *Evita Montonera* y a las declaraciones de Firmenich, y que yo había visto tantas veces pintada en los muros de la ciudad, en las épocas en que aún tomaba el colectivo. Me acuerdo incluso de una vez, hace ya mucho, antes de que mi padre cayera preso, en que vimos sobre un muro: PATRIA O MU. Yo ya no sé con quién estaba, con una de mis tías, quizá. De lo que sí me acuerdo muy bien, es de lo que me dijo esa persona con quien yo estaba: “Mirá, qué increíble, un militante montonero sorprendido antes de terminar su pintada. Después de todo, quién sabe si así no dice mucho más, y en todo caso, da menos miedo: si no nos ocupamos de la Argentina, nos convertiremos todos en vacas: ¡¡¡¡MUUUUUUUUUUU!!!!”.

A mí me había dado mucha risa, por eso jamás se me había borrado esa consigna. PATRIA O ¡¡¡¡MUUUUUUU!!!! Personalmente, yo hubiera preferido dejarla así, pero Diana no habría comprendido, ella no había visto la pintada inconclusa.

Fuera como fuese, del mismo modo que la primera o la tercera palabra horizontal, *azar* se había encontrado allí sin elegirla yo, sólo para llenar las casillas suplementarias y para que todo se pareciera más a un crucigrama.

Pero cuando Diana me señaló la falta que había cometido, de inmediato me di cuenta de que esa palabra debía permanecer, que, costara lo que costase, había que darle una oportunidad.

Para evitar que mi grilla improvisada resultase un fiasco completo, opté por corregir la segunda de mis definiciones.

HORIZONTALES:

2. Imitadora fracasada y odiada (con una falta de ortografía).
IZABEL.

Me acuerdo de varias reuniones que se sucedieron por esos días en la casa, siempre presididas por César, con una frecuencia cada vez mayor, inquietante.

Fue en el curso de una de esas reuniones cuando surgió un tema nuevo: nuestra partida.

Ocurría que mi madre había conseguido encontrarse con su padre, el abogado defensor de estafadores y contrabandistas. Espantado por lo que estaba ocurriendo, por los asesinatos y las desapariciones cada vez más numerosos, se había mostrado dispuesto a hacer lo que fuera para que dejáramos la Argentina.

—Sí, pero tu viejo no es un tipo solidario. ¿Lo ves capaz de darle dinero a la organización?

Yo soy la que ceba mate. Como César lo toma dulce y todos los demás lo prefieren amargo, le sirvo siempre en último lugar: después de que él le pone azúcar ya nadie quiere aceptar la calabacita y yo aprovecho para cambiarle la yerba. Sólo entonces recomienzo la ronda.

—Papá quiere que nos vayamos la nena y yo. No, no busca ayudar a la organización en lo más mínimo. Es peronista, pero un peronista de la primera hora, más bien tradicional y bastante de derecha. Así y todo, no diría que es un *gorila*, ni está a favor de los militares.

Yo sigo cebando mate, siempre en silencio, pero no me pierdo una sola palabra de la conversación y lo que acabo de escuchar me alivia enormemente. A mi abuelo lo adoraría de todas maneras, pero un abuelo gorila, me dolería mucho... Mi madre prosigue:

—Que yo me vaya puede ser útil... Puedo ayudar desde el extranjero. Hay muchos militantes que se han ido ya, ¿o no? Es importante denunciar en Europa lo que está pasando acá...

—Es cierto que muchos militantes se fueron. Pero no los militantes de base, sólo los jefes, sólo la conducción...

Se hace un silencio incómodo. Perturbador.

¿Qué ha dicho? ¿Puede ser verdad?

¿Los militantes de base dan su vida mientras los jefes buscan refugio en el extranjero?

César parece arrepentido de lo que acaba de decir, como tomando conciencia de lo que su respuesta sugiere.

—Y además, necesitamos que tu nena nos explique cómo hizo para volverse culo y calzón con la rubia despampanante que ustedes tienen de vecina... Al fin y al cabo, ella es la única que consiguió acercársele, eso hay que reconocerlo.

Todo el mundo estalla en carcajadas. Sin demasiada convicción.

*

La tercera o cuarta vez en que se toca el tema, por fin se toma la decisión. En rigor de verdad, no sé si fueron ésos los únicos debates, quizá se necesitaron algunas otras reuniones, pero me acuerdo muy bien de César que un día lo anunció así:

—Nosotros aceptamos que te vayas con tu hija. Pero no vamos a prestarte ningún tipo de ayuda... La organización no te va a dar dinero, como lo hace con los miembros de la *conducción*. Ni ninguna otra forma de auxilio. Si te vas, te vamos a cubrir, pero después vos verás cómo mierda te arreglás sola...

Yo me acerqué a César con el mate y la bombilla en la mano.

—En seguida voy a cambiar la yerba. ¿Querés que te cebe unos mates con azúcar?

—Si sos tan buena...

El silencio pesaba como algo sólido.

César chupó lentamente su mate, haciendo varias pausas, hasta oír el ruidito tan característico que emite la bombilla cuando ya no queda agua en la calabaza y uno sorbe en vano. Por fin, bajando la voz y mirando al suelo agregó:

—Los nuestros mueren día a día. Nos están masacrando. Todavía podemos combatir, tenemos que creer eso, pero... yo no te voy a impedir que te vayas si tenés esa oportunidad... En fin.

Después de un largo suspiro —como si hubiese ido a buscar el aire muy lejos, muy profundo dentro de sí mismo— agregó:

—Ahora vamos a hablar de las modalidades. Sería mejor que la nena saliera de aquí...

—¿Te cebo otro mate, antes?

—No, está bien, me puedo arreglar solo, agregó con una risa que por fin relajó la atmósfera...

Así fue como partimos.

Mi madre logró dejar el país gracias a uno de esos hombres tan vinculados a mi abuelo, para quienes las fronteras entre la Argentina, el Brasil y el Paraguay, más precisamente ese punto en que los tres límites se tocan, carecían de secretos: era la manera, típica de un estilo, de retribuir algún servicio prestado, mucho tiempo atrás... Como decía, mi madre pudo dejar la Argentina y luego América Latina y encontrar refugio en Francia. Yo, por el contrario, vine mucho más tarde. Mi madre no había tenido elección; se había visto forzada a dejar el país clandestinamente; pero mi abuelo quería para mí una partida legal. Con mi padre en la cárcel y mi madre fugada, el trámite fue lento y engorroso.

Viví un tiempo en casa de mis abuelos, donde conseguimos preservar la bañadera nueva, pero vimos desaparecer más de un cenicero y una caja de música. También pudimos comprobar, por cierto, que muchos otros clientes de mi abuelo sabían “reenviar el ascensor”, como príncipes, justo cuando era necesario. De modo que *¡chapeau!*, y qué importan los ceniceros y los ruiseñores danzantes.

Curiosamente, el momento de la despedida de Diana y Cacho se ha borrado por completo de mi memoria. El clima del país no era, precisamente, de fiesta, pero ¿habremos aprovechado para comer un conejo? Sin duda.

Diana, de eso sí me acuerdo, ya estaba a punto de dar a luz. Me veo aún diciéndole lo triste que me ponía partir antes de que naciera el niño. Más tarde, supe que ella y Cacho habían tenido una hija, Clara Anahí, el 12 de agosto de 1976.

En cuanto a lo que ocurrió después de nuestra partida, las informaciones me han llegado en retazos, con cuentagotas, a lo largo de los años y de manera bastante confusa.

Muchos años después, ya bien avanzado el nuevo período democrático, mi padre, en libertad desde poco después de la Guerra de Malvinas, cuando la dictadura había comenzado a derrumbarse y ya no pudo retener a los presos políticos, me tendió un libro diciéndome: “Tomá. Acá se habla de la casa donde viviste con tu madre”.

No dijo nada más. En verdad, nos cuesta mucho hablar de todo aquello.

El libro en cuestión lleva por título *Los del '73. Memoria montonera*. Consiste en el testimonio de dos viejos militantes, Gonzalo Leonidas Chaves y Jorge Omar Lewinger. Yo busqué el pasaje al que mi padre había hecho alusión: no fue sino en las últimas páginas de la obra que me topé con estas líneas:

“Me enteró de un enfrentamiento producido en La Plata y salgo a comprar el diario. Leo en *La Gaceta* del 25 de noviembre de 1976 la siguiente información: *En un enfrentamiento producido ayer, poco antes de las 13.40 horas, cuando los efectivos de seguridad procedieron a rodear la manzana situada entre las calles 29, 30, 55 y 56, se observó que la atención de los custodios de la ley estaba concentrada en una vivienda situada entre las calles 29, 30, 55 y 56. Esta casa tenía una placa en la que figuraba la inscripción: Daniel Mariani. Licenciado en Economía. [...] Poco antes de ser utilizado el mortero con el cual se acalló la resistencia, acudió al enfrentamiento el comandante del Primer Cuerpo de Ejército, General Carlos Suárez Mason, el comandante de la Décima Brigada de Infantería, General Adolfo Siggwald, y el titular de la Policía Provincial, coronel Juan Ramón Camps*”.

Los tiros cesaron alrededor de las 16.55. Cuando la policía entró en la casa, encontró siete cadáveres: los de Roberto César Porfirio, Juan Carlos Peiris, Eduardo Mendiburu Eliçabe y Diana Esmeralda Teruggi, más otros tres, totalmente carbonizados, que no pudieron identificarse.

Salvo en el caso de Diana, los otros nombres me son desconocidos. Más tarde llegaría a saber que Roberto César Porfirio nos había reemplazado en la piecita del fondo: su esposa había sido asesinada por un comando paramilitar y él necesitaba esconderse con su hija.

Por suerte, el día del ataque, la niña estaba en casa de sus abuelos.

Imagino que las demás personas asesinadas se encontraban allí en reunión. Ya hacia ese mes de noviembre, la situación de los Montoneros había cambiado mucho, cada día nuevos miembros de la organización eran asesinados o secuestrados, para no aparecer jamás. La “guerra sucia” entraba en una fase distinta.

El artículo reproducido por Gonzalo Leonidas Chaves no hace mención alguna del bebé de Diana, Clara Anahí Mariani, que sin embargo se encontraba con su madre al iniciarse la agresión. Como todos los días, su padre había partido a Buenos Aires, lo que le valió a éste algunos meses suplementarios de vida: exactamente ocho meses después del ataque a la casa de los conejos, “Cacho” fue asesinado por las fuerzas militares mientras entraba a otra casa de La Plata, en calle 35 esquina 132.

*

Meses después de la lectura del libro *Los del '73*, tuve ocasión de entrar en contacto con Chicha Mariani, madre de Daniel —“Cacho”, para mí—. Y todo ocurrió gracias a un concurso de circunstancias que todavía me maravilla: una cena absolutamente fortuita con la madre de un amigo que evocó al pasar su nombre, ignorando que yo había vivido en la casa de los conejos y hasta qué punto todo aquello todavía vivía en mí. Sin duda otro azar prodigioso. Tras un breve intercambio epistolar con ella, me fui volando a la Argentina.

*

Acompañada por Chicha, casi treinta años después, en La Plata, pude así volver a ver lo que queda de la casa de los conejos. Hoy una asociación se ocupa de ella y trata de convertirla en un espacio de recordación. Chicha está al frente.

En ese lugar, aún puede distinguirse el emplazamiento de la imprenta clandestina. Una placa explica de qué servía este extraño espacio estrecho, encerrado entre dos muros, hoy en gran parte devastados. Pero la palabra *embute* no aparece, ni siquiera entre comillas.

Sí. Creo que ha desaparecido definitivamente. Todo muestra que el ataque fue de una violencia inaudita.

No existen palabras para la emoción que me invadió cuando descubrí, en cada cosa recordada, las mareas de la muerte y la destrucción.

Un solo disparo de mortero horadó dos paredes. Perforó la fachada y luego abrió un agujero idéntico en el muro que separaba el cuarto de Diana y Cacho, de la cocina.

En el garaje, aun está la furgoneta: un resto de naufragio oxidado y acribillado a balazos.

El techo fue incendiado casi completamente. En la parte de atrás de la casa, allí donde se encontraban los conejos y la imprenta, no quedan sino ruinas de lo que yo había conocido. Ruinas y escombros. Nada más.

Yo quería visitar la casa. Quería sobre todo hablar con Chicha, y tratar de saber más, cuanto fuera posible...

—¿Y la vecina? La rubia que vivía pared por medio. ¿Todavía está?

—La mujer de al lado quedó muy afectada. Imaginate. Militares tirando con armas largas desde su propio techo. Empezó a tener pesadillas terribles. Y no soportó seguir viviendo aquí. Poco tiempo después se fue del barrio.

—¿Y la nena de Diana?

—Los vecinos dicen haber oído llorar a un bebé durante el tiroteo. No caben dudas de que estaba allí. ¿En qué otro lado, si no? Las personas reunidas en la casa fueron evidentemente sorprendidas por los milicos y Diana no tuvo tiempo de sacar de aquí a mi nieta. Pero su cuerpo no se encontró entre los escombros. Estoy convencida de que Clara Anahí sobrevivió y fue criada por militares, como tantos otros chicos.

—El ataque fue violento...

—Sí, de una violencia extrema. Tenemos varias hipótesis sobre el modo en que Diana logró proteger a su bebé de los disparos de armas pesadas y de las bombas incendiarias que se lanzaron sobre los militantes. Algunos dicen que Clara Anahí fue escondida por su madre bajo un colchón, en la bañera del bañito. Como sea, sobrevivió. No tengo ninguna duda.

Yo ya sabía que Chicha Mariani era alguien notable, pero cuanto más la miro más se me imponen su fuerza y su coraje. Esta mujer que bajo la dictadura perdió a su único hijo y a su nuera, sigue buscando a su nieta desaparecida, Clara Anahí, sin duda entregada a una familia cercana al gobierno, quizá estéril. En pocos meses más cumplirá treinta años.

Hay una pregunta que casi no me atrevo a hacerle a la madre de Cacho. Una pregunta que me obsesiona desde hace muchos años y a la cual no encontré respuesta en el libro de Chaves. Trato de formularla, torpemente. Chicha adivina lo que no me deja en paz.

—¿Vos querés saber quién los traicionó?

Sí, eso es exactamente lo que me preguntaba.

La organización Montoneros había tomado enormes precauciones. Y el asalto contra la casa de los conejos, como es obvio, fue minuciosamente preparado: la magnitud del despliegue de fuerzas, los altísimos jefes que se dieron cita para la ocasión, todo hace pensar que los militares tenían informaciones muy precisas sobre la casa y lo que había en ella y la importancia de la toma. Aparte de nosotros cuatro, sólo César conocía la dirección de la casa.

—Fue César, entonces.

—¿Quién era César?

—El responsable, el que se ocupaba del grupo...

—No, él no fue. Yo no lo conozco por ese nombre, en todo caso. Pero creo que la persona de que hablás fue asesinada pocos días más tarde, en otra parte, aquí en La Plata.

Y después de un largo silencio.

—Durante mucho tiempo, hemos buscado respuesta a esa misma pregunta. No sabemos su nombre exacto, pero el hombre

que permitió a los militares identificar la casa fue el mismo que construyó la imprenta clandestina.

—¡El Ingeniero! Pero no es posible. Llegaba siempre escondido bajo una frazada, no podía saber dónde estaba la casa. Sabía que se encontraba en alguna parte de La Plata, nada más...

—Es posible que no supiera dónde estaba, pero pudo identificarla sin ningún problema. Cayó preso, y se mostró dispuesto a colaborar. Describió el lugar, insistió en su importancia estratégica: era el corazón de la prensa montonera...

—Sí, pero...

—Sobrevolaron con él, en helicóptero, toda la ciudad. Metódicamente, barrio por barrio, manzana por manzana, pasaron un peine fino por la ciudad de La Plata, desde el aire. Ese hombre no conocía la dirección, puede ser, pero tenía el plano en la cabeza, conocía perfectamente el diseño y la construcción, conocía hasta los materiales de que estaba hecha. Pudo reconocerla perfectamente.

Fue el Ingeniero entonces. ¿Pero había sido desde siempre un infiltrado o se había quebrado en la tortura? Fuera como fuese, sabía que una nena de meses vivía ahí...

Trato de imaginarlo en un ese helicóptero, dando vueltas encima de la casa. Lo imagino diciendo, “esa casa, ahí, estoy seguro...”.

¿Es posible que viva hoy, tranquilamente, en algún lado?

Tranquilamente, no.

No puedo concebirlo.

*

Todo esto siguió dando vueltas en mi cabeza. Ya de vuelta en París, me precipité sobre un viejo volumen de Edgar Allan Poe y releí *La carta robada*, el cuento que el Ingeniero decía preferir entre todos los demás.

La acción transcurre en París. Un investigador brillante, el caballero Augusto Dupin, aplica allí con éxito, en efecto, la teoría

que el Ingeniero me explicó, hace ya treinta años, ante el falso último muro de la casa de los conejos.

Yo podía recordar con gran nitidez su mirada y su sonrisa mientras exponía esta teoría. Era extraño escuchar así, nuevamente, al Ingeniero, por detrás de las palabras de Dupin, en traducción de Charles Baudelaire. Pero súbitamente, al leer el famoso pasaje sobre la “evidencia excesiva” quedé helada. Volví inmediatamente a releerlo. Incrédula al principio. Luego espantada.

Desde entonces, lo he leído muchas veces. Aquí lo reproduzco:

“Hay un juego de adivinación —continuó Dupin— que se juega con un mapa. Uno de los participantes pide a otro que encuentre una palabra dada: el nombre de una ciudad, un río, un Estado o un imperio; en suma, cualquier palabra que figure en la abigarrada y complicada superficie del mapa. Por lo regular, un novato en el juego busca confundir a su oponente proponiéndole los nombres escritos con los caracteres más pequeños, mientras que el buen jugador escogerá aquellos que se extienden con grandes letras de una parte a la otra del mapa. Estos últimos, al igual que las muestras y carteles excesivamente grandes, escapan a la atención a fuerza de ser evidentes, y en esto la desatención ocular resulta análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta consideraciones de una excesiva evidencia”.

Desde que releí este pasaje escucho la voz del ingeniero enunciando las palabras de Dupin y, aun contra mi voluntad, vuelvo una y otra vez a imaginar a los militantes montoneros que creían protegerse exigiéndole que se ocultara bajo una frazada antes de llegar a la casa de los conejos, como los “jugadores novatos” de un juego bastante parecido al que evoca el personaje de Poe. Como “buen jugador” y como lector avisado, el Ingeniero había traspuesto el juego que Dupin había visto realizar sobre un mapa a la configuración de una ciudad real. Sólo cambió de escala. Y la apuesta.

Si esto fue así, no debe de haber necesitado conocer, en efecto, el número de la puerta de la casa, ni siquiera el de la calle, porque era capaz de leer, desde lo alto del cielo, las líneas y los trazos que denunciaban la casa. Él supo descifrar las letras enormes.

*

Pero no, no puede ser posible que un cuento de Poe haya servido de arma en la guerra sucia. No es posible que tanta sutileza e inteligencia haya sido utilizada para masacrar gente. Y si alguien lo hizo, en todo caso, no tenía derecho.

Hay estrategias sutiles, demasiado sutiles. A veces, incluso, salvajes. Estrategias para dominar a los otros y tener la última palabra. Para reencontrar una carta robada, ¿y para salvar el pellejo aun al precio de posibilitar una masacre?

No, no puede ser tan simple. Y Poe no puede ser un cómplice. No. Ni siquiera Dupin.

Quiero creer que existe el azar.

Existen hombres dispuestos a hacer pasar fronteras a la hija de un amigo, aun a riesgo de quedar en la mirilla de un fusil, sólo como una forma de decir gracias.

Clara Anahí vive en alguna parte. Ella lleva sin duda otro nombre. Ignora probablemente quiénes fueron sus padres y cómo es que murieron. Pero estoy segura, Diana, que tiene tu sonrisa luminosa, tu fuerza y tu belleza.

Eso, también, es una evidencia excesiva.

París, marzo de 2006.